



Sebastián Giménez

LOS AÑOS DEL MACRISMO Y UNA SALIDA INESPERADA

margen
ediciones

Los años del macrismo y una salida inesperada

Autor: Sebastián Giménez

Sebastián Giménez es escritor y trabajador social. Escribe artículos acerca de su disciplina que se publicaron en las revistas Margen, de Trabajo Social y Ciencias Sociales; revista Debate Público, reflexión de Trabajo Social y Revista Regional de Trabajo social.

Escribe artículos de opinión y análisis políticos en distintas revistas digitales y de papel: Revista El Sur; Zoom; Marfil; Movimiento; La Tecla Eñe; Portal web El Ortiba; revista Topía; El Estadista y El Economista.

Publicó dos libros. El último tren: un recorrido por la vida militante de José Luis Nell (ediciones digitales Margen, 2014) y Veinte Relatos Cuervos. Alegrías y tristezas de vivir una pasión (2018, versión digital en Portal San Lorenzo WebSite).

Es el tercer libro que publica.

E-mail de contacto: sgimenez5804@yahoo.com.ar

Twitter: Seba Giménez @cuervogimenez79

Primera edición: Ediciones digitales Margen, formato e-book, año 2019

Este libro se edita bajo Licencia CC (Creative Commons)

Las licencias Creative Commons se basan en combinar distintas propiedades. Estas propiedades son:

Attribution (by): Obliga a citar las fuentes de esos contenidos. El autor debe figurar en los créditos.

Noncommercial o NonCommercial (nc): Obliga a que el uso de los contenidos no pueda tener bonificación económica alguna para quien haga uso de contenidos bajo esa licencia.

No Derivative Works o NoDerivs (nd): Obliga a que esa obra sea distribuida inalterada, sin cambios.

ShareAlike (sa): Obliga a que todas las obras derivadas se distribuyan siempre bajo la misma licencia del trabajo original.

La licencia CC permite libremente: copiar, distribuir, exhibir, hacer obras derivadas y ejecutar la obra
Bajo las siguientes condiciones:

Se debe atribuir la obra en la forma especificada por el autor o el licenciante.

No puede usarse esta obra con fines comerciales.

* Ante cualquier reutilización o distribución, usted debe dejar claro a los otros los términos de la licencia de esta obra.

* Cualquiera de estas condiciones puede dispensarse si usted obtiene permiso del titular de los derechos de autor.

*** Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.**

ÍNDICE

Introducción.....	5
Otra vez sopa. La misma patria en juego.....	7
En memoria del padre Carlos Mugica. La verdad acribillada.....	8
Todavía. Pequeñas historias de los perdedores en la revolución de la alegría.....	9
Polenta no, Derechos. En recuerdo de Eva Perón.....	10
Nos incomoda Fidel.....	11
Al maestro ¿con cariño? Cuando los maestros se convierten en trabajadores de la educación... ..	12
Las cartas marcadas.....	13
Crónica de un maltrato circular.....	15
Egresados de su propia tierra.....	17
Perder, pero no sin hacer ruido.....	18
La plaza vacía. El sujeto social del macrismo.....	19
Inviernos.....	21
Soberanía y coloniaje. El 20 de noviembre y el G20.....	22
Aguante y magia.....	23
Jaque.....	24
Unidad hasta que duela, en la lucha. 1969-2019.....	26
16 de Junio: 1955 y 2019. Un Pueblo que recuerda, resiste y sueña.....	27
La República Madre que nos parió.....	28
El tercio para el peso.....	30
Déjame atravesar el viento sin argumentos.....	32
PASO a paso.....	33
La cumbia de cuchufrito y pindonga o la música como acción política.....	35
Lunes por la madrugada.....	37
La patria republicana.....	39
La perinola no azarosa del modelo económico. Y ahora, el hambre.....	41
José Luis Nell. Una vida militante comprometida con su tiempo.....	43
El Presidente que no se rindió.....	45
Los dichos de Avelluto, los valores sociales y una audacia política que valga la pena.....	47
Una historia circular: Kirchner, Macri y al final, Fernández.....	49
Las personas y las cosas. Análisis del debate de los candidatos a Jefe de Gobierno.....	51
Terminó el primer tiempo.....	53
La otra cara del concepto de resiliencia.....	56
El día después de la grieta.....	59
Agridulce. El gusto de los que ganaron y perdieron por poco.....	61
Tío Alberto.....	62
Golpe a golpe. Verso a verso.....	64
Que no se licúe la democracia.....	65
Inventamos o erramos: el desafío de volver a empezar.....	66
Sólo cabe ir mejorando.....	68
Agradecimientos y dedicatorias.....	70

Introducción

Este libro es una recopilación de artículos que escribí y se publicaron en distintas revistas desde el 2016 al 2019, básicamente el lapso que gobernó Cambiemos, la alianza que derrotó al candidato del peronismo en el 2015 en un apretado balotaje.

Se recorren distintas temáticas y se analizan desde la perspectiva personal del autor de estas líneas, un escritor de a pie que sufrió como cualquiera los tiempos en que se apretó la economía popular y costó más que nunca llegar a fin de mes. Una crisis económica y social que afectó a vastos sectores de nuestros compatriotas en un modelo de acumulación que aumentó los niveles de pobreza y de la indigencia. Ni una ni la otra nacieron con este gobierno, pero es evidente que esos sectores de la ciudadanía sobrevivieron en condiciones aún peores que en las gestiones anteriores. Porque la recesión evidente afectó a todos y en particular a los que menos tienen, resintiendo la economía popular, esos oficios mayormente informales del que se solventan los que no pudieron acceder a estudios superiores.

Pérdida del valor del salario, aumento de la desocupación, la economía exclusora afectó a la clase media y liquidó a la changa, aumentando la concurrencia a los comedores y el hambre. Una situación social que no puede esperar. Si Cambiemos, y en particular el Pro quiso identificarse en sus horas de triunfo con globos de colores, su gestión mostró un abanico de tonalidades de grises.

En los distintos textos, se analiza la coyuntura de ese momento a veces en espejo con referencias del pasado, dibujando analogías y considerando que somos una historia viviente, que se reactualiza en continuidades y rupturas. En las elecciones de octubre, se terminó de cristalizar la ruptura con este modelo gobernante, apostando el electorado desde distintas vertientes al cambio.

El 10 de diciembre del 2019, concluirá el gobierno su mandato de forma institucional por haber triunfado el Frente de Todos en la elección, el nombre que tomó la unificación del peronismo. Y el candidato inesperado, por el que nadie apostaba un mango antes del mes de mayo del 2019, el Presidente electo Alberto Fernández. Con esa jugada ajedrecística, se convulsionó el tablero político dando lugar a una salida inesperada.

El futuro está plagado de incertidumbres y también de oportunidades. Los que se unen, triunfan. Así fue también en 1999, con la Alianza. Lo que vino fue todavía peor que lo que había, la fase final de la descomposición del modelo de convertibilidad en la crisis del 2001. Luego de la crisis económica y política terminal, sucedió el interregno de Duhalde y la asunción de Néstor Kirchner para inaugurar una etapa de crecimiento y un modelo estatal con mayor intervención y niveles de autonomía. Ese período es el espejo en que le gusta mirarse al Presidente electo Alberto Fernández.

Con una herencia de una deuda colosal y una crisis social asfixiante, ojalá se haya tocado el fondo del pozo para comenzar a emerger y pensar en un país inclusivo. Tiene por delante el próximo gobierno un desafío enorme. Conjugar los números de la macro con la situación de los trabajadores que vieron sus derechos vulnerados.

Intentando discutir y trascender el sistema del país de la tablita Excel, para volver a pensar en las personas. Con un sentido comunitario, como decía Perón, de que nadie se realiza individualmente en una comunidad que no lo hace. Recuperar la solidaridad en un nuevo contrato social que requiera el compromiso de todos, aún con sus avatares y contradicciones.

En su canción Otro cantar, Ignacio Copani dice *“dame algo que me esperance y te lo multiplico por dos, dame un pasito que avance que yo lo hago firme y veloz”*. De eso se trata tal vez, de intentar otra cosa. No “por el mismo camino y más rápido”, como planteaba el macrismo para estrellarnos contra la pared. Por ese camino, más despacio tampoco

funcionaría, con un rostro de ajuste más humano, o gradualismo, como lo llaman los economistas ortodoxos.

Probar otra cosa, porque no hay que olvidar una sentencia que dijera en su momento Eva Perón, el peronismo será revolucionario o no será nada. Más de lo mismo sería la nada. El gobierno que asume el 10 de diciembre tendrá la colosal tarea de volver a intentar gobernar para todos. La nada y el todo. El todo y la nada. No será fácil, pero ojalá se salga de la mala entre todos.

Por Sebastián Giménez, 18/11/19

Otra vez sopa. La misma patria en juego

La historia es circular. Otra vez sopa, diría Mafalda. De nuevo viviste por encima de tus posibilidades. Ahora, otra vez sopa. Caer, levantarse y volverse a caer. Braden o Perón. Obama o nos caemos del mundo. Otros nombres, la misma patria en juego.

El profeta blanco que proclama barrer con el modelo ominoso del Estado presente. No más cepos ni Guillelmos Morenos. Se acabó la prepotencia patoteril del Estado para pasar a la prepotencia del empresario que sube el precio. Hay mil empleados donde trabajarían bien trescientos. ¿Qué hacer con los otros, con los que sobran? ¿Buscar otras actividades, crear nuevos organismos de control? Nada de eso, despedirlos. Donde se necesiten trescientos empleados, habrá doscientos. Eficiencia, que le dicen. El despilfarro llega a su fin. La deuda social heredada, que no era desdeñable, se aumentará más para darle de comer a los buitres, que su nombre lo dice todo.

Nos amigamos con los buitres, nos peleamos con los piqueteros. Quince minutos para liberar la calle. Nadie pregunta por qué la cortaron. Pobreza cero. Los manteros, a sus casas. Todo debe circular en la ciudad de las bicisendas y las plazas coloridas. Del trabajo a casa y de casa al trabajo, decía Perón. Si costaba mucho llegar al techo propio, la inseguridad del trabajo no habilita ni siquiera la ilusión.

Por encima de nuestras posibilidades vivimos. En una burbuja, en la irrealidad, embriagados por el consumo a la enésima potencia. Los morochos del Abasto pudieron ir al shopping a comprar, las amas de casa fueron reconocidas con su jubilación por el Estado aún por encima del relegamiento de sus cónyuges, que eso no era trabajo.

La inflación subía. El profeta blanco domará ese león bravío. Paritarias miserables, despidos a mansalva. Los morochos a sus casas, si las pudieron comprar con el Procrear. Bajando la demanda, con menos consumo, la inflación se domará porque de león bravío pasará a ser un gato menesteroso buscando qué comer. Y así.

De los negocios de Báez a los de Caputo. De inflamadas cadenas nacionales a la insípida oratoria de las buenas costumbres. Ya no se tiene qué hablar. Lo que reluce no es oro. Ya no se habla de pobreza cero, sino de algo muy distinto: PROMESA CERO. Si la promesa es hija del derrotado modelo nacional y popular, la cruenta realidad es de los republicanos amarillos.

Otra vez sopa. La misma patria en juego.

Revista La Tecla Eñe, 30/03/2016

En memoria del padre Carlos Mugica. La verdad acribillada

Un nuevo año en que muchos lo recuerdan. El centro de los homenajes, la villa 31 de Retiro. Ese gran núcleo de la pobreza, inserto a pocos metros de la descomunal riqueza. El abismo de la desigualdad sigue incólume, 42 años después de que aquel sacerdote fuera asesinado. Hoy como ayer, lo lloran los pobres.

Ojos celestes, piel blanca, cabello rubio. El estereotipo del héroe de Hollywood devenido en cura de los pobres. Los pies manchados de barro, las manos y el corazón limpio. Dispuesto a morir, no a matar, su gran enseñanza.

Sacerdote profundamente evangélico. Defensor del celibato, su gran amor fue la fe de que este mundo cambiara. Sin violencia. Si había que ir contra los molinos de viento como el Quijote, iba. Como aquella vez, en que las cámaras de la TV lo enfocaron queriendo convertir a los ricos. El capitalista sufre al explotar al prójimo, dijo, el socialismo será también liberación para los opresores. Queriendo recrear en el siglo XX los versículos de Zaqueo, el rico que dejó todo para seguir a Jesús. Gota de agua en el desierto, pero cristalina.

Amigo de los jóvenes, quiso rescatarlos de las fauces de una sociedad que los culpaba. Les devolvió a los argentinos el espejo de lo que habían logrado años de violencia, censuras y proscripciones. Y amó a esos jóvenes que querían cambiar al mundo, aunque no estuviera de acuerdo con la lucha armada.

Pastor de la no violencia en momentos de fuego cruzado. Derecha e izquierda. Él no perteneció a ninguna, porque fue del pueblo. Hablando con franqueza. Con la verdad. Como cuando cuentan que le dijo a Firmenich: ahora gobierna Perón, los fierros metételes en el culo. No lo escuchó.

El padre Carlos Mugica no murió diciendo “Padre, perdónalos que no saben lo que hacen”. Porque no fue Dios, porque fue también profundamente humano. No murió dando ayes a la patria. Cuentan que miró a su asesino, a esa cara de tupidos bigotes que algunos dicen que fue Almirón. Adivinó que iba a sacar la metralleta y, en el último instante de su vida, cuentan que dijo también la verdad: ¡Hijo de puta!

Revista La Tecla Eñe, 10/05/2016

Todavía. Pequeñas historias de los perdedores en la revolución de la alegría

*“Todavía me emocionan ciertas voces...
Todavía, y a Dios gracias, todavía”*
Canción para crecer, de Juan Carlos Baglietto

Pensé que era normal que en la esquina poco transitada de mi barrio hubiera un kiosco. Aliado con sus luces en las penurias de la medianoche y la madrugada, cuando uno vuelve acompañado de las brumas de las prevenciones en la sociedad de la inseguridad. A media cuadra de casa, rueda de auxilio en momentos de escasez de algún material hogareño o de algún antojo de los chicos. Me parecía normal que estuviera, hasta que vi al kiosquero empaquetando las cosas, corriendo los muebles a la calle que le ayudaría a trasladar un flete. Hombre de cuarenta y pico, cincuenta años, su mujer igual.

-¿Le fue mal? – inquirí.

-¿Mal? Qué se yo. El alquiler se iba de 4.000 a 7.000. La luz se fue de 500 a 3.500 y el agua de 180 a 800. ¿Vio qué lindo el cambio?

Asentí ante la contundencia de las cifras. Iba a tener que vender los caramelos Sugus a precio dólar y nadie le iba a comprar. No me animé a preguntarle a qué se iba a dedicar de ahí en más.

A la vuelta de mi casa, me parecía natural que hubiera un estacionamiento. De dos pisos, ocupado de coches. De repente, un cartel pegado en la columna anunciando el cierre el 31 de mayo. El playero me lo señaló con lágrimas en los ojos. Cuarenta y pico de años.

-El dueño vendió, parece que ya no era rentable el negocio. De repente, así, de un mes para el otro – dijo con los ojos brillosos.

Una señora se acercó y le dio el teléfono de un garaje, donde por ahí lo podían llegar a necesitar. El hombre agradeció, ruborizado.

-No tuve ni tiempo, ni ánimo de hacer nada – me dijo con la misma angustia. Parecía un boxeador tambaleando, arrinconado contra las cuerdas.

Los que lo escuchamos le mentimos y le dijimos que pronto iba a encontrar algo. Quizás en el segundo semestre, como dijo el presidente. Porque ahora el mismo invierno de Alsogaray no dura tres, sino seis meses amarillo esperanza. En principio...

Camino a la escuela, mi hijo me señaló los negocios enrejados.

-Mirá papá, más negocios cerrados. No va a quedar nada.

-Quedate tranquilo, hijo. Todavía no abrieron, que es temprano. Todavía nos quedan algunas cosas. Todavía.

Portal web El Ortiba, 13/06/2016

Polenta no, Derechos. En recuerdo de Eva Perón

Donde hay una necesidad nace un derecho dijo la Diosa de los profanos, de los desclasados, de los grasitas. Puede traducirse de múltiples formas. Una puede ser que donde hay una necesidad, estará la comunidad, el Estado para dar una respuesta. La comunidad organizada que decía el General, o algo así. Una sentencia que quedó empotrada como símbolo de una época, en que millones quisieron creer que el Estado era también para ellos. Y lo fue, vaya que lo fue.

Donde hay una necesidad, nace un derecho. Hoy, 64 años después, la sentencia nos muestra la inmensidad del vacío. En un modelo económico donde impera la supervivencia del más apto, donde hay una necesidad, te dicen arreglate como puedas. Donde hay una necesidad, será por culpa de los que la tienen. Donde hay una necesidad, nace otra necesidad y otra más. Y el derecho es de los que culpan a los débiles, los que les dicen a los pobres que deberían ser emprendedores en un mercado interno sin demanda, con bajos salarios, con desocupación y con la importación abierta al mundo.

Aquella mujer despreció a la riqueza. Las damas de la sociedad de beneficencia le tenían guardada la presidencia del organismo y las sacó carpiendo. A las oligarcas, que estaban acostumbradas a dejar caer unas pocas migajas para los pobres, a regarlos con polenta, las obligó a pagar impuestos y a realizar aportes a la Fundación que luego llevaría su nombre.

No sólo quiso a los humildes. En realidad, su revolución fue tratarlos como lo que eran, seres humanos con derechos. Nunca los regó con polenta, como hicieron tantos gobiernos posteriores, sino que la Fundación Eva Perón creó escuelas; hospitales; hogares; viviendas obreras; ciudades universitarias; complejos turísticos; campeonatos deportivos. Toda enumeración es insuficiente. Polenta no, sidra y pan dulce en las fiestas. Polenta no, bicicletas, raquetas de tenis, pelotas de fútbol, tantas cosas que quedaron para siempre en la memoria de un pueblo. No dormía, Evita. Sol y luna de los desposeídos. Venganza y redención de los pobres. Con treinta y ocho kilos, seguía.

Quizás el mejor elogio, por venir del enemigo, fue la inspección a los Hogares de la Fundación Eva Perón que hicieron los de la autodenominada “Revolución Libertadora”, cuyo dictamen consignó que *“desde el punto de vista material, la atención de los menores era múltiple y casi suntuosa. Puede decirse, incluso, que era excesiva, y nada ajustada a las normas de la sobriedad republicana que convenía para la formación austera de los niños. Aves y pescado se incluían en los variados menús diarios...”*.

No los regó con polenta, sino que incluyó carnes, aves y pescado en los menús. Porque fue suntuosa con los niños pobres. Porque fue miserable con los ricos. Por eso sigue siendo Evita, una herida abierta tan grande que ni descansar en paz la dejaron los ricos resentidos de su tiempo. Porque les quitó a los que les sobraba y se los dio a los que no tenían. Porque no creía en el derrame natural de la riqueza, ni en la sobriedad de los falsos republicanos verdugos de los pobres de ayer y de hoy. No creía en el derrame, pero que derramó la riqueza no cabe duda, y lo hizo de arriba para abajo. Y no, como tantos que la sucedieron, de abajo para arriba.

Revista La Tecla Eñe, 27/06/2016

Nos incomoda Fidel

¿Fue bueno o malo? Me preguntaron mis hijos mientras me veían cambiar de canal para escuchar la noticia que repicaba en los distintos medios. Distintas miradas. Algunas antagónicas. Se vuelve difícil encontrar un análisis equilibrado. Prócer para unos y dictador para otros. Cuba, resto del mundo, Miami.

Los filmes hollywoodenses nos hicieron acostumbrar a ver el mundo en blanco y negro. Buenos y malos. Héroes y villanos. En historias individuales, narcisistas y desprovistas de todo ser colectivo. El 25 de noviembre murió un líder de masas. Que no se entiende fuera de la multitud que representó. Un discurso largo de Fidel ante cinco tipos hubieran sido las palabras de un loco. La multitud le dio sentido. ¿Es buena la multitud? ¿Se equivocó el pueblo de Cuba? Qué sé yo. ¿Son buenos los que festejaron en Miami?

¿Qué hubiera sido Cuba sin Fidel? ¿Unas hermosas playas con hoteles custodiados por soldados con ametralladoras? ¿El espejo de otros países del Caribe donde campea el hambre y la más cruel miseria? Puede ser, puede que no. ¿Sería mejor Cuba con los que celebraron en Miami?

Un líder de masas. Un revolucionario. Terremoto en la historia. Redención de los pobres. Reñido con las formas republicanas. Más de cuarenta años gobernando no permiten dudar acerca de que no fue un demócrata por lo menos en el sentido occidental del término. Autoridad y también autoritarismo. La primavera negra del 2003 y los balseros. Las damas de blanco. Justicia social. La mejor salud y educación del continente. Resistente ante el bloqueo y la agresión imperialista. Solidaridad con América Latina y los pueblos del tercer mundo. Ayudó a enterrar el apartheid y los últimos colonialismos. Siempre del lado palestino. Del lado de los débiles.

Es indudable que la clase media de un país latinoamericano se hubiera visto coartada en su libertad y ansias de consumo en Cuba. Pero los excluidos de esos mismos países encontrarían en esa isla sus necesidades básicas satisfechas y mayores certezas que incertidumbres. Trabajo, salud, educación. Fidel puso como nadie en tensión la posibilidad de la convivencia de la justicia social y la libertad. Tensionó al máximo todos los postulados. Sabemos que la libertad absoluta no existe. Que la mano invisible del mercado no provoca sino riqueza de un lado y miseria del otro en una cruel desigualdad. ¿La solidaridad y la justicia social son valores que pueden librarse al hombre o deben ser un imperativo garantizado por el Estado? ¿La solidaridad debe ser espontánea u obligada? Estado o libre albedrío. Sociedad y Estado, esa armonía imposible. No nos deja dormir tranquilos, Fidel.

¿Fue bueno, fue malo? No hay respuestas tranquilizadoras. Porque fue justamente alguien que incomodó y se burló de las certezas, símbolo de la rebeldía de un siglo XX que no se resignaba a morir. Bueno y malo según qué se mire y quién lo mire. Nos incomoda, Fidel.

Revista Zoom, 9/12/2016

Al maestro ¿con cariño?

Cuando los maestros se convierten en trabajadores de la educación.

Paro docente anuncian. El acuerdo está lejos. Ni recuperar lo perdido el año pasado ni afrontar el aumento del costo de vida de este año. El gobierno se mantiene en su postura. No más del dieciocho por ciento en dos cuotas. El 10 hasta octubre (hay que pasar el invierno, otra vez), el 8 después. Y un eventual ajuste del salario por la inflación que calcula el mismo gobierno, juez y parte como tantas otras veces. Como en tantos otros negocios. En fin.

Los medios reproducen las razones del siempre lo mismo. Los pobres chicos sin escuela. Algunos padres que se indignan y se ofrecen de voluntarios. Una caricatura de rompehuelgas, tan burda como el apoyo oficial. Se alude a una calidad educativa en decadencia, de lo que no hay dudas. Y no pocos creen que es por los paros docentes, por dos días de clase que no habrá. Y no porque llevamos generaciones de chicos mal nutridos, pobres de toda pobreza sumergidos en la exclusión social. El docente insumiso es el culpable, no la exclusión social. El maestro al banquillo, hay que evaluarlos, hay que bajarles el sueldo o jerarquizarlos por productividad, hay que capacitarlos no para darles herramientas que sirvan para algo sino porque no saben. Y ese no saber provocaría el fracaso de miles que no rinden bien las pruebas PISA, no la política de tierra arrasada del neoliberalismo. El ministro de Educación devenido en gerente de recursos humanos.

Treinta chicos por aula. Cuando la marea baje y ya nadie hable, los maestros se pondrán el guardapolvos para aguantar lo que venga. Por la misma plata. Para que este sistema educativo funcione, precisa de un héroe en cada aula. De ahí su perversidad. Que no se enferme, que detecte casos de violencia, de abuso, haga de psicólogo, pintor, cuidador, ayudante del comedor, mediador con los padres, cambie la lamparita del aula, lleve el registro y los boletines, enseñe y que no se queje de ninguna manera, porque eso es política. Ese trabajo de hormiga, silencioso, abnegado, en malas condiciones de labor y por la misma plata no provoca la indignación de absolutamente nadie ni mucho menos despierta la solidaridad de voluntarios. Lo que causa indignación es que los maestros levanten la cerviz y protesten, y reclamen, no sólo por ellos sino por la educación pública. El maestro que no se somete, indigna. Rompe el relato sarmientino de la segunda madre, de la docencia como vocación de enseñanza, de abnegación, de sufrimiento y pobreza aceptada, naturalizada. El rebelde no tiene vocación de someterse a la vida de los ascetas, defiende derechos, y eso indigna. El maestro de bronce y el trabajador de la educación. Sarmiento y Baradel, sin eufemismos. El maestro sacralizado es el maestro muerto. Al maestro vivo, el que reclama salarios, se lo estigmatiza, se lo critica, y parece volverse molesto.

Los maestros de hoy son verdaderos parias, muchas veces huérfanos de todo reconocimiento. Declamar defender la educación condenando a los maestros es un acto de hipocresía que deja tranquilos a los que justifican los recortes en todas las áreas. Y no hace falta aclarar que un país que no cuida a sus maestros pone en riesgo aún más el futuro de la educación y de las nuevas generaciones. Pone en riesgo el futuro de nuestros chicos.

Revista Zoom, 2/03/2017

Las cartas marcadas

*“...hoy perdí la fe,
la suerte juega con cartas sin marcar,
no se puede cambiar”*
“Cartas sin marcar”, Andrés Calamaro

Cuando las cartas están marcadas, no se puede esquivar el destino. Kevin tenía apenas ocho años en el 2006. Era mi alumno de tercer grado en una escuela de Villa Soldati, como otros veinte pibes. Decir que tenía problemas de conducta era poco, no había forma de tenerlo dentro del aula ni de que pasara un día sin agredir a un compañero o compañera sin muchos distinguos. Yo me decía que Kevin tenía que cambiar en algún momento, buscarle la vuelta.

Entonces probaba estrategias llamándolo a veces al orden, dejándolo hacer en otras ocasiones pero nunca daba en la tecla. Si me ponía duro, no podía enseñar a los demás porque lo tenía que estar mirando a él todo el tiempo. Si me ponía blando, Kevin no dejaba transgresión por cometer.

Pero algo tiene que haber que le haga hacer un clic, pensaba. Como cuando agredió a una compañera dejándole un ojo en compota sin motivo. La ambulancia del SAME, el hospital Piñero, la radiografía, los huesos sanos por suerte. Todo por nada. Ni una pelea ni una discusión. De la nada misma nació el kilombo con Kevin.

Al día siguiente la nena faltó y le dije a Kevin vamos a visitarla a la casa a la salida de la escuela. Fui ese día con un alfajor triple y un sobre para que él escribiera lo que nunca pensó ni escribió. La fuimos a visitar a la nena, que vivía como su compañero en medio de escaleras de un bosque de edificios derruidos por la exclusión social. Yo como maestro no lo hacía por la nena, sino por el nene.

Tenía que haber algo que lo hiciera salir de ese papel que reproducía todos los días, escribir una carta, llevarle un pequeño obsequio a la compañera. Y se lo llevamos y Kevin se lo dio pero desde una distancia tal que no pareció un gesto sincero sino un cumplido por ese maestro ridículo que lo había acompañado. Y la nena le agradeció sonriendo y Kevin no dijo nada, y corrió presuroso hacia abajo por las escaleras que conocía como la palma de su mano. Cuando las cartas están marcadas...

Pasaron los maestros de primero, segundo, tercero, cuarto, quinto, sexto, quizás séptimo porque no estoy seguro de si Kevin terminó la primaria. Pasaron también directoras, vicedirectoras, gabinetes, equipos de orientación escolar, psicólogos, sanciones, legajos, reuniones, premios, castigos y más.

Parece una partida de truco donde siempre gana el sistema. Que le dio a este niño tres cartas: un 4 de copas; un ancho de espadas y un 4 de bastos. Kevin puso el 4 de copas en la primera mano, infancia sufrida, madre, padre, padrastros, hermanos, hermanastros, nadie mirándolo o echando la culpa afuera. Kevin perdió la primera mano y eso no es buen presagio en el truco, más teniendo un 4 para la última, la definitiva.

El sistema no se dejó arredrar cuando arrojó desafiante el ancho de espadas en la segunda mano, con las armas que aprendió a manejar de joven, con los asaltos que se comentaban en el barrio, que el supermercado, que el colectivo, que el otro comercio, en esa fantasmagórica ilusión de sentirse poderoso. En la última, la definitiva, el 4 de bastos no permite ni siquiera mentir y Kevin lo jugó en el 2014 cuando, según contaron en el barrio, subió a un colectivo a robar y lo mató un policía de civil.

La última carta de la vida de un niño, un joven. De esos que transitan y comparten con nosotros algún momento de su vida. Y por los que podemos hacer muchas veces tan poco para cambiar el destino al que han sido condenados. Tan poco que exaspera. Indigna. Desconcierta.

(*) Mención en el Concurso de Crónicas Alberto Morlachetti
Edición: 3368 de Agencia de Noticias Pelota de trapo. 12/06/2017

Crónica de un maltrato circular

El 16 de junio del 2009 se quemó La Fábrica. La denominación no hacía referencia a manufactura alguna. En ese lugar, a la vuelta del club Deportivo Español, en el Bajo Flores de la Ciudad de Buenos Aires, vivían varias familias en condiciones inimaginables. De la fábrica que había sido quedaba una pared amarillenta que daba a la calle elevándose como un escombros casi majestuoso, digno de las ruinas jesuíticas.

Yo conocía ese lugar desde dos años antes, en 2007. Seguía a una familia cuyos niños faltaban mucho a la escuela y con problemas de aprendizaje. Mandaba notas a la casa y nadie venía porque no sabían leerla o porque no les interesaba hablar con un trabajador social. Entonces, en el registro del grado leo como domicilio La Fábrica, avenida Lacarra al 2700. En la guía T no me podía ubicar, había un descampado insondable, un espacio verde amplio en la cuadrícula lleno de misterio.

Le pregunté al casero de la Escuela 19. ¿La Fábrica? ¿Sabe dónde queda? Uh, ni se le ocurra ir ahí. Al insistir en mi pregunta, me dio unas indicaciones vagas, pasé el puente, después caminás a la derecha y por ahí está.

Fui entonces al Centro de Salud Comunitaria 24 y hablé con la trabajadora social. Te acompaño, me dijo. Atravesamos el barrio Ramón Carrillo, subimos al puente para cruzar la autopista Presidente Cárpora. Desde ahí arriba, se tenía una vista panorámica inmejorable. Ella señalaba. De Lacarra para allá, Los Piletones. De Lacarra para acá, villa Fátima. Las casas ladrillo a la vista aparecían casi pintorescas, los techos de chapa brillaban por los golpes del sol. Cruzamos el puente y en efecto caminamos hacia la derecha entre calles de tierra. No se veían carteles ni números en las casas, ni había casi casas tampoco. ¿Lacarra al 2700? Andá a encontrarla. Luego, un giro a la izquierda. Y ahí vi por primera vez la puerta de escombros, un esqueleto de lo que había sido una fábrica.

Esperá que hablo con Andrés, me dijo la trabajadora social. Tipo de tez trigueña, cabello largo enrulado, expresión cordial. Departieron un rato y luego me presentó. Andrés me tendió la mano, y se ofreció de guía. Conocía a la familia que estaba buscando. Para llegar a su casilla, había que atravesar un pasillo que era puro barro y charcos a pesar de que hacía días no llovía. El precario corredor atravesaba otras viviendas, y Andrés explicaba que yo no era una persona hostil a sus habitantes. Ahí está, me dijo. Ahí viven. Gracias, le dije. Salió la madre. ¿Cómo le va, profe? Bien. Queríamos hablar con vos porque Yamila, Fabián y Macarena no vienen a la escuela. Ella asintió, sonrió casi con paciencia ante el trabajador social que le hablaba de otra realidad. Que exigía el deber ser en medio de los escombros de la exclusión social. Que es necesario que los chicos hagan tratamientos, le dije mientras observaba una de las paredes de la casilla y le imploraba que aguantara un poquito más antes de caerse. Cables a la vista, condiciones sanitarias deplorables, piso de tierra. Que tenemos que tramitar el subsidio habitacional para intentar conseguir otro lugar donde vivir. Pero no me aceptan con chicos, dijo la señora, y los documentos se me mojaron. Siempre hay que empezar de nuevo, de cero. Que hay que sacarle un turno a Fabián para la fonoaudióloga, le dije. Y el psicólogo no vendría mal.

Pero el deber ser fue cediendo irremediabilmente a la realidad de lo posible. Haga lo que pueda, señora. Si se levantan tarde, vayan a la escuela a esa hora. De los tratamientos, vamos a ver si podemos hacer algo por la fisura del paladar de Fabián. Me despidió cordialmente, me saludó agradeciendo por haberme acercado. Ser trabajador social es cruzar con una canoa el Atlántico, es intentar apagar un incendio con una palangana.

Y en efecto, como se dijo, el lugar fue devorado por las llamas en la mañana del 16 de junio del 2009. El fuego terminó de pulverizar lo que ya era cenizas. De la miseria más absoluta, pasaron en un santiamén a la nada misma.

El Jefe de Gobierno porteño se apresuró a declarar que era una maniobra para sacarle subsidios a la ciudad. Se cerraron las oficinas de atención social de Pavón y Entre Ríos al día siguiente. Como en la canción de Serrat, se nos llenó de pobres el recibidor. Y les cerraron la puerta. Al día siguiente, cuando la multitud se disgregó, la volvieron a abrir. A sacar número, cada uno con su turno y su situación particular. Cada uno abandonado a su desastre. Y responsable de su situación. La lista sábana que exige papeles que naufragaron en la última lluvia o en el último incendio. DNI, partida de nacimiento, constancia de domicilio, constancia de escolaridad, informe social. El deber ser y el no poder, otra vez. La historia de un maltrato circular que se vuelve a repetir. Una y otra vez. Una y otra vez.

Revista El Sur, 27/11/2017

Egresados de su propia tierra

Madera labrada en el centro cívico de Bariloche. Ciudad de artesanos, acuarela de la imaginación en la orilla de un lago de ensueños. Ciudad de juguete, ideal, casi principesca. Apartada como una efigie de los acontecimientos sociales. La pobreza, allá en los Altos de Bariloche que nadie ve. Ciudad juguete el centro cívico poblado de turistas y egresados. El aroma a chocolate caliente. El frío apenas templado por la primavera. El perro San Bernardo que contrasta con la fauna autóctona pero es tan funcional a los viajes de egresados. Ciudad de las fotos, de las postales que se guardan en álbumes familiares plagados de recuerdos y sonrisas. Y de repente, la cajita de cristal que se hace añicos.

El centro cívico ocupado por una manifestación. Caras cobrizas de los egresados de hace quinientos años de su propia tierra. Caras blancas que marchan también. Y mestizas. Porque la solidaridad trasciende el color de la piel. La sangre es igual en todos. Y las ansias de verdad y justicia hermanan. No hay autopsias ni investigaciones que los convenzan que es una casualidad que los muertos siempre caen del mismo lado. Santiago Maldonado y Rafael Nahuel.

Pueblo mapuche en viaje de egresados de su propia tierra hace más de quinientos años. Egresados que luchan por volver. Rompiendo cajitas de cristal. De una ciudad que se cree blanca. Resistiendo la barbarie que algunos quieren llamar ley. Resurgiendo contra toda esperanza. Por la tierra. Por la memoria. Por la verdad. Por la justicia.

Revista El Sur, 28/11/17

Perder, pero no sin hacer ruido

La foto es riquísima tal vez porque abunda en contrastes. Cacerolazo de la noche del 18 de diciembre del 2017. Avenida Caseros y La Rioja de la ciudad de Buenos Aires. La juventud eterna del Che y la señora que lo levanta como bandera. Como recuerdo del pasado, emblema y futuro. La foto del General, más chica, arriba a la izquierda. Casi diminuta, como reflejando el estado de ánimo. No es tiempo de negociar, parece decir. Es tiempo de resistir, de hacer ruido con la cacerola, de que los escuchen los hijos de puta.

Tiempo de derribar monumentos, mientras el saqueo llamado reforma previsional se concreta en un Congreso vallado. Microcosmos de la política alejada de la calle. El Che nunca hubiera estado ahí adentro. Perón tampoco. La revolución y la resistencia no se encarnan en un Congreso. Se hacen afuera, en el balcón o en la plaza ocupada por una multitud. Las fotos muestran dos revolucionarios a su manera. Triunfantes y derrotados. Que más o menos también negociaron en algún momento. La revolución permanente de Trotski y no. La revolución derrotada. La protesta también vencida y renacida una y otra vez.

Los pueblos se repliegan hacia lo conocido, consignó Rodolfo Walsh. Y en los momentos de lucha también, parece decirnos la imagen. Esas fotos de los que nunca la traicionaron ni la traicionarán. Porque están muertos, claro. Pero porque no están muertos sus ideales. Y renacen una y otra vez. De distintas formas. Encarnados en un pueblo rebelado. Que no se resigna a perder sin hacer ruido.

Revista El Sur, 26/12/2017

La plaza vacía. El sujeto social del macrismo

Luego de la apertura de las sesiones legislativas, el presidente saluda a la plaza vacía. La imagen se reproduce en las redes sociales risueñamente, con valoraciones e ironías de todo tipo. Esa postal es tal vez la esencia misma del macrismo, que rehúye a las multitudes. Como si la ciencia política de Durán Barba no pudiera resistir tener a la muchedumbre de espectadora.

En el reverso, un fenómeno curioso es que los que son capaces de juntar trescientas mil personas en la 9 de Julio, los opositores, pueden seguir perdiendo tranquilamente las elecciones con el macrismo. Juntar multitudes no garantiza ninguna victoria electoral.

La televisión y las redes sociales parecen haber logrado que los políticos puedan dirigir un mensaje enlatado a la cámara. La planificación obsesiva de cada palabra es el opuesto al carisma que debía tener todo líder político que pudiera preciarse en el pasado.

Macri es Tamborini, el candidato radical con pocas aptitudes oratorias de 1945. Enfrente, claro, lo tenía a Perón. Pero lo relevante de hoy no es eso, sino que con la televisión y las redes sociales, Perón hoy podría ser derrotado por Tamborini tranquilamente.

Macri saluda a la plaza vacía tal vez en parte porque saluda a los televidentes, a los miles que lo ven desde atrás de la cámara. No junta multitudes, pero lo votan o pueden votar los taxistas, los vendedores de diarios, de flores, el mozo del bar y cualquier trabajador de a pie. Mucho, muchísimo votante suelto, poco sujeto colectivo.

Un latiguillo de frases o valores que retransmiten los medios de comunicación provoca que el mensaje del gobierno llegue a mucha gente. Mucho votante individual, suelto. Porque la multitud siempre puede incomodar. Y ser peligrosa.

Hasta a Perón le pasó. El 17 de octubre de 1945, cuando lo soltaron de la prisión, la multitud le preguntaba en la plaza repleta ¿Dónde estuvo? Perón nunca contestó, como diciendo lo importante es que estoy acá gracias a ustedes. Las multitudes pueden hablar, interpelar al orador. En el ocaso de su carrera política, Perón tuvo que escuchar que los jóvenes le gritaran: “¿Qué pasa General / que está lleno de gorilas el gobierno popular?”, o cuando se asomó Isabel “Evita hay una sola / no rompan más las bolas”.

Las multitudes, el sujeto colectivo, puede ser adulator y puede también interpelar, obligar al orador. Todos recordamos el año pasado el “Poné la fecha la puta que te parió”, y cómo los popes de la CGT tuvieron que huir a la carrera.

Al macrismo no hay dónde interpellarlo, parece. Sus dirigentes se escabullen entre pruritos republicanos y no los agarran sino es en un estudio de televisión. Que tal sector industrial cayó, le puede inquirir un periodista. Pero este otro sector creció, repone el funcionario. Un discurso que se dirige a segmentos, casi siempre.

El macrismo no se siente cómodo si un sujeto colectivo lo interpela. Uno de los motivos cae de maduro: un pueblo no se junta a hablar de budismo sino que va tras una propuesta, una promesa. Y el ajuste nunca es una promesa que valga la pena escuchar.

El discurso de autoayuda no convoca multitudes, pero es innegable su poder de esparcirse por los medios de comunicación y las redes sociales. Pero el modo de circular de los mensajes no lleva, como es habitual en los líderes peronistas, el sello que devela su procedencia. El mensaje es casi subliminal, colonizador de las subjetividades, autocentrado y de autorresponsabilidad.

El autoayuda del “Sí se puede”, la resiliencia que te va a permitir sobreponerte a las adversidades. Como el presidente, que en su tiempo estuvo secuestrado. Podés salir

fortalecido de la adversidad de quedar desocupado u ocupado con el sueldo recortado en paritarias inexistentes o menguantes.

Que los especialistas dicen que el ochenta por ciento de los trabajos de dentro de veinte años ni siquiera existen ahora. Dinamismo quiere decir que tenés que capacitarte para nuevos trabajos, estar dispuesto a dejar tu cómoda cobija para probar la intemperie del empleo golondrina y el microemprendimiento.

Por eso el macrismo le tiene alergia al empleado público, al tipo de por sí poco propenso a las innovaciones. El tipo atornillado a la silla. Le irrita el empleado fijo en su puesto, aunque no despliegue la misma indignación con los grupos empresarios y económicos incólumes en la Argentina. Porque son los trabajadores que reclaman paritarias o te pueden hacer un paro. Otra vez, un sujeto colectivo.

El macrismo no le habla a esas multitudes. Su interlocutor preferido parece ser otro. Le habla en el cara a cara, con la cámara como vehículo, al tipo que todos los días vuelve del trabajo a las veinte, se sienta a ver la televisión y no quiere que nadie le rompa las pelotas.

Revista El Sur, 17/03/2018

Inviernos

Los inviernos, el de Alsogaray y el meteorológico, tardan en irse. El aire helado obliga a apurar el paso en la calle, sin saludos vecinales de protocolo. Directo a la fiambrería. Dentro del local, más frío. De puro reflejo saco número, pero no hay nadie. Es día veinticinco de un mes de treinta y uno, la sogá aprieta. Pero uno no termina de convencerse y acude a la voz del otro, que por ahí te explica otra cosa, que en realidad la crisis no es para tanto.

-¿Y cómo va la cosa? – pregunto.

-Es sábado y mirá lo que es – enarca las cejas el empleado mientras toma el jamón cocido, que uno se ocupó de bajar un poco la marca pero sigue pareciendo jamón.

-Hay tipos que antes compraban Bocatti y hoy se llevan paleta sandwichera. – me confirma.

-¿En serio? – pregunto como un último reflejo para seguir negándome a aceptar la realidad, que tal vez no sea para tanto.

-Y acá somos uno menos. – me suelta mientras corta el queso cremoso con los ojos brillosos.

En el interín, entra otro cliente y un empleado se acerca a atenderlo presuroso. Que no se le ocurriera irse, en esa carrera perdida de salarios contra inflación.

-¿Vendés papitas por gramos? – pregunta el recién llegado.

El empleado le ofrece una bolsita transparente de papas, chiquita que no sé cuánto habrá pesado. Lo que cada vez pesa menos es el peso, el valor de una moneda que ya no alcanza ni a contener los animalitos impresos en los billetes.

Luego de la ilusión de la convertibilidad de los 90 y todas sus contraindicaciones nefastas, se reanudó el partido entre salarios e inflación. La inflación atada al valor del dólar y la especulación de los comerciantes y dueños de las cadenas de valor. El salario, defendido por los sindicatos en las paritarias. Un equilibrio atado con alfileres hasta el 2015. El partido de fútbol de salarios contra inflación siempre terminaba bastante parejo, a veces ganando uno, otras veces el otro. O se definía por penales. Había casi un acuerdo tácito de mentir en el INDEC para no ajustar las deudas con el CER, autorizando paritarias por encima de las cifras oficiales. Era un equilibrio inestable pero sin ganadores y perdedores claros. Un empate, victoria pírrica o derrota por poco.

Ahora, desde el 2015 cambiamos de director técnico. La goleada de la inflación sobre los salarios no tiene parangón. De un virtual empate, en general los salarios perderían este año 35 a 20, en principio. Ni soñamos con llegar al suplementario, al alargue. Queremos que se corte el partido, el mes, todo. Mientras hablamos de los cuadernos y otros fuegos de artificio, el partido real nos muestra a los laburantes perdiendo por goleada. Y el invierno que se extiende con su frialdad característica. El invierno meteorológico. Y el de Alsogaray. El de Alsogaray.

Revista El Sur, 27/08/2018

Soberanía y coloniaje. El 20 de noviembre y el G20

El G 20 y el 20 de noviembre de 1845, todo junto en la misma semana. La afirmación de nuestra soberanía sobre las costas del Paraná y la claudicación absoluta de nuestra soberanía por días, por horas, para retomar luego la soberanía relativa de un coloniaje apenas disimulado.

1845 y 2018. Los cañonazos de las baterías de Mansilla, que cruzó unas barcazas en el paraje de Vuelta de Obligado donde el río se angosta. Haciendo blanco sobre la escuadra anglo-francesa. No pasarán, gringos. No sin pagar impuestos ni reconocer nuestra soberanía.

2018. Alfombras rojas, pasen y hagan lo que quieran, además de planificar en sus conciliábulos la miseria de las próximas generaciones de los países sumergidos, más que emergentes como nos quieren bautizar. La sumisión llega al punto de que la señora ministra de Seguridad invita a los porteños a abandonar la ciudad, en una frase que quedará en los anales del servilismo más desfachatado. Hay que remontarse bastante en nuestra historia para encontrarnos con éxodos sugeridos o planificados. Al éxodo jujeño de 1812, comandado por Belgrano, la proeza de los pueblos del norte que dejaron tierra arrasada para luego ganarle a los españoles las batallas de Tucumán y Salta.

En 2018, no se trata de tierra arrasada. Se trata de alfombras rojas, de que todo salga bien para que nos vean en el mundo como un país digno al que se le puede prestar plata. Orden y pobreza. Pero orden, al fin. Soberanía expresamente cedida, porque nos cuidarán los colonizadores del mundo sólo unos días porque ese es su deseo. Y la invitación al éxodo porteño, porque el orden mejor es el de las catacumbas. Que haya poquita gente, mejor. El silencio querido como lenguaje de la sumisión. Que no se les vaya a ocurrir protestar o algo por el estilo. Y ese veinte de noviembre, molesto para el gobierno, que nos recuerda que somos soberanos. Soberanía y sumisión. Independencia y coloniaje. Veinte de noviembre y el G20.

Revista El Sur, 20/11/18

Re

Aguante y magia

A mi primo Martín

Hay que aguantar, dice el presidente. Que de esta crisis no te saca un Riquelme nos trae la imagen de aquél mago con la pelota en los pies que hizo de su gestión en Boca un trampolín al gobierno de la ciudad y del país. Un mago como Román no te saca de esta ni a palos, comenta el presidente junto al político conservador y gran escritor Mario Vargas Llosa. Pero la literatura parece que tampoco nos puede salvar, aunque más no sea una metáfora que funcione como alucinógeno para pasar la mala.

No fue magia, dijo Cristina Kirchner, describiendo logros de su gobierno. El presidente ahora también desconfía de esas artes ocultas, pero no para explicar logros, sino para pensar eventuales salidas. Salidas clausuradas de la crisis, que no se pueden ni imaginar y mucho menos con ayuda de un mago.

Se acabó la magia, la joda y el hechizo de la pobreza cero. Entre otras cosas, porque el FMI es uno de los antónimos más contundentes que a uno puede ocurrírsele respecto de la magia. Números fríos: si te prestamos, la tenés que devolver. Con intereses y a cualquier precio.

Bajar la cabeza y aguantar. El futuro cargado de enigmas y barranca abajo. La única certeza es la incertidumbre, dijo Zygmunt Bauman en esa sentencia que describe tan bien los tiempos actuales. Que no se sabe a cuánto llegará el dólar, ni cuánto costará mañana el litro de leche.

Aguantar, aguantar. El fin del populismo, que con sus promesas sembraba futuro, y la instauración de este realismo descarnado de creer que tenemos lo que merecemos.

El populismo piensa en el presente sacrificando el futuro, consumiendo ahorros y superávits. Sin presente, no hay futuro.

El neoliberalismo actual sacrifica el presente pensando retóricamente en un futuro que nunca llega. Segundo semestre, primer trimestre, brotes verdes, la mar en coche.

Cada vez está más lejano ese futuro, como un horizonte inalterable. Inalcanzable. El oasis que se refleja como un espejismo en el desierto insomne. Y el sol a plomo sobre la cabeza.

Ahí andamos los argentinos a los tumbos, dando pasos, dejando parte del sueldo, de la energía vital, de los derechos conquistados. Otros pasos más y se van consumiendo los víveres cada vez más difíciles de conseguir. Unos pasos más. Las llagas ya se insinúan en las plantas de los pies. Y el oasis que permanece en el mismo lugar, incommovible. Y el presidente que dice hay que aguantar, hay que aguantar. Que ya ni el oasis se ve, se diluyó como la promesa de pobreza cero. Hay que aguantar.

Y sobrevivir.

Para soñar se necesita volver a creer en la magia. En la política, que en definitiva es la forma de intentar cambiar algo y salir de la crisis por medios pacíficos.

Rescatar de la memoria y el presente de un pueblo, tal vez dos cosas: aguante y magia.

Revista El Sur, 28/03/2019

Jaque

Los fines de semana, la gente suele relajarse luego de la cotidianeidad a veces agobiante de los días comunes. Pero esta jugada se da el sábado, tomando con la guardia baja a prácticamente todos los actores del escenario político. Toma por sorpresa a propios y extraños. Fernández, Fernández. Alberto y Cristina.

Una jugada de ajedrez, estrategia y táctica. Un movimiento audaz, inesperado, que prácticamente patear el tablero obligando a las piezas a reacomodarse. Una jugada que intenta la unión de esa materia viscosa del peronismo, movimiento a la vez tan masivo y tan fragmentado. Invasivo, acaparador, y a la vez de a ratos retirado de la arena del poder, por el resultado incuestionable de los votos que le dieron el triunfo a Cambiemos.

Una movida, una jugada que provocó de todo menos indiferencia. Y acá vamos a hablar sin el diario del lunes, con el diario del domingo del día del partido. Porque en el diario del lunes, la historia aparece cristalizada, cosa juzgada, noticia dura, imposible de modificar. En el diario del domingo, en cambio, se habla de la alineación de cada equipo, de las posibilidades, con elucubraciones que al día siguiente se vuelven cenizas o no. Y en el juego político, esta jugada implica un acontecimiento, una estrategia audaz de superar el mantra de la grieta y apostar a la unión y a ganador, en el sentido de lograr un triunfo político.

Un movimiento volcado a intentar desequilibrar el empate entre el tercio duro potencial del macrismo y el tercio del kirchnerismo. Que apunta a sumar a los indecisos o los no embanderados, en línea con los primeros tiempos en que Néstor Kirchner hacía su llamado a una concertación plural.

El PJ parece no alcanzar para ganar, se precisa de un mantra que sume otras voluntades, otros dirigentes. Pino Solanas, Victoria Donda, por nombrar algunos. Unidad hasta que duela, se dijo.

Patear el tablero y volver a armarlo. Blancas y negras. Peronismo y antiperonismo. Unitarios y federales. Kirchnerismo y macrismo. Partida de ajedrez, como se dijo. Los dos jugadores, o movimientos colectivos frente a frente. Neoliberalismo y populismo. Peronismo y Cambiemos. Los nombres explícitos de la grieta.

Sin ninguna clase de prejuicio que se mal interprete, para Cambiemos las blancas, para el peronismo, las negras. En ajedrez existe una jugada que permite ganar el juego en cuatro movimientos: es el conocido Jaque Mate Pastor. Pero para que te lo hagan tenés que ser un principiante.

Primer movimiento, se adelantan los peones y se ponen frente a frente en el centro del tablero. Juego trabado, con un Gobierno acorralado por la crisis económica y problemas coyunturales de suma urgencia. Con una oposición, o su jugadora preponderante, citada a declarar, imputada en distintos procesos judiciales. Juego trabado.

En el siguiente movimiento, el peronismo, kirchnerismo o como le queramos llamar, saca a la reina, con una presentación estelar de su libro Sinceramente. El Gobierno saca al caballo, con la estrella de Elisa Carrió en declaraciones contra la reina y los propios, decires que hacen temblar un poco el tablero, pero no lo vuelca.

Mientras tanto, la oposición peronista saca el alfil sin que nadie lo perciba ni se dé cuenta: Alberto Fernández. Marcando la diagonal que puede significar el triunfo de la partida. Mientras, el Gobierno sigue moviendo peones del lateral del tablero, intentando controlar el dólar, ajetreado por la crisis, buscando que no estalle, intentando que no se note, distrayendo y distrayéndose.

Tiene lugar la jugada potencialmente final, porque las negras, adelantando a la dama, se quedarían con el triunfo. Pero la dama aparece potencialmente debilitada, o en su trayecto

hacia el triunfo puede ser deglutida por la grieta que se insinúa en el tablero. Entonces se adelanta el alfil a romper la línea de peones y poniéndose de cara al rey. Es jaque, pero no es jaque mate. Porque al rey blanco le queda una posibilidad de movimiento, que puede ser hacia adelante, hacia la izquierda. O hacia la derecha, claro.

Revista El Sur, 21/05/2019

Unidad hasta que duela, en la lucha. 1969-2019

La CGT viene a lanzar el paro general justo el día del medio siglo del Cordobazo. Casi poniéndose en ridículo sola, al lado de un gigante en cuanto a movilización y significación en la historia argentina. Casi que se resalta la pequeñez de la actual CGT frente a aquellos líderes obreros que hicieron tambalear el sistema capitalista un 29 de mayo. 1969 y 2019.

1969. El modelo económico de aquella dictadura, que instaurara Krieger Vasena, hacía padecer a la industria, y en especial a la metalmecánica y automotriz cordobesa. Paro de 37 horas iniciado el 29 de mayo. Agustín Tosco; Elpidio Torres; Atilio López, los líderes de la revuelta. No pensaban lo mismo los líderes del Cordobazo ni se parecían, de la izquierda a la derecha del espectro político. Se impuso la unidad en la lucha, esa premisa que llevara a cabo el gringo Tosco, integrando a radicales, peronistas, socialistas, comunistas. Obreros, estudiantes, comerciantes. Había lugar para todos en la lucha.

2019. En el paro general de la actual cúpula cegetista lo que resalta es el vacío. La 9 de Julio desierta, avenida Rivadavia poco nutrida de tráfico, la estación A Constitución vacía. Del trabajo a casa y de casa al trabajo, decía en su máxima más conservadora Juan Domingo Perón. Y en este caso, nos quedamos en casa. Un sinfín de obreros, estudiantes, comerciantes, desocupados. Una CGT preocupada en garantizar gobernabilidad, en respetar las instituciones, tal vez en cuarto o quinto lugar en defender los derechos de los laburantes, en tiempos en que el salario se licúa, se desintegra.

Los líderes de la huelga hablan por radios y la TV contra el neoliberalismo y sin ninguna multitud que los escuche o los interpele. Una CGT de buenos modales le opone al sistema capitalista neoliberal a lo sumo un freno de mano, que se extinguirá mañana con la vuelta al ajetreo diario.

Nos quedamos en casa, volvemos al trabajo. En silencio.

Cincuenta años antes, aquellos líderes hicieron tambalear al sistema capitalista. Marchando codo a codo obreros y estudiantes. Poniéndole el pecho a la represión policial vergonzosa y sobrepasándola, con la solidaridad de los vecinos. Ciudad tomada, dada vuelta. Ni Lope de Vega en Fuenteovejuna llegó a imaginarse tanto. Jóvenes que se defendieron y atacaron con ingenio a las fuerzas represivas que querían acallar la revuelta, que todo volviera a la normalidad. La normalidad de lo quieto y lo silencioso. Fue el Cordobazo, pueblo entero, un grito conmovedor contra la injusticia.

No hace falta ser cientista social para saber que, el año que viene, en esta fecha, sólo se volverá a recordar el Cordobazo y absolutamente nadie tendrá presente el paro silencioso y tibio del 2019. Se evocará 1969 pero no sólo por los líderes: López, Torres, Tosco. Sino recordando al pueblo entero movilizado detrás de ellos. Una ciudad convulsionada, revolucionaria. Tosco, López, Torres nos dicen poco sin la Córdoba de ese mayo del 69.

Y recordar lo que aquellos líderes dijeron nos puede servir tal vez en esta jornada de paro general en silencio. Para que, como dijera el gringo Tosco: “Todos juntos, trabajadores, estudiantes, hombres de todas las ideologías, de todas las religiones, con nuestras diferencias lógicas, sepamos unirnos para construir una sociedad más justa, donde el hombre no sea lobo del hombre, sino su compañero y su hermano”.

Una unidad hasta que duela, en la lucha.

Revista El Sur, 29/05/2019

16 de Junio: 1955 y 2019. Un Pueblo que recuerda, resiste y sueña

El cielo gris no guarda contrastes con lo que en ese día sucede. La lluvia que se insinúa es preanuncio de otras lágrimas. 16 de Junio de 1955. Se anuncia el desagravio de la bandera nacional por la quema de la enseña patria durante la procesión del Corpus Christi. Pero los aviones vienen a agraviar aún más esa bandera. El desagravio deviene conspiración. Matar a Perón, la obsesión. Las víctimas, un pueblo inocente. Gente que transitaba la Plaza como tantos otros días. Rumbo al trabajo. Trámites, punto de encuentro, estación final del subterráneo en la Plaza de Mayo, terminal de innumerables líneas de colectivo.

Transitada como un hormiguero la Plaza. De laburantes. De gente del común. Que son quienes no saben lo que va a pasar. Totalmente vulnerables a lo que sólo el odio y el rencor volvió posible. La escena dantesca de una fuerza armada matando a su propio pueblo indefenso. No es una guerra civil, es un fusilamiento de civiles. De gente del común. De trabajadores. De los de abajo, de los inocentes que esperaban un desagravio pero fueron víctimas de una nueva afrenta. De una nueva carnicería. La Plaza se riega de sangre inocente, injustamente vertida. Como un espacio de tragedia y también de lucha. De resistencia a la adversidad. De obstinado querer ser. El pueblo vencido y resurgiendo una vez más. Porque algunos huyen y otros temerarios se quedan mirando el cielo, poniéndole el pecho a las balas. Porque la solidaridad, esa otra forma de resistencia, aparece y se despliega enseguida, incluso bajo la balacera. La asistencia a las víctimas no se demora, mientras los aviones culpables de la masacre huyen a Uruguay.

El recuerdo carece de sentido si no se funde con otros recuerdos, con otras historias y el presente de nuestro querido país. Jornadas memorables de lucha y también de errores históricos, de sinsentidos. La Plaza como el espejo de la Argentina. Vacía, a medio llenar, rebosante de pueblo. En torno a la Plaza sigue la historia argentina como sujeto colectivo, sinónimo de pueblo organizado. Los ricos no llenan ninguna plaza, los de abajo sí. Los de arriba y los de abajo, una y otra vez. Los aviones que bombardean de múltiples maneras y los resistentes. Historia que va y vuelve en torno a la Plaza. Refugio de las mayorías argentinas, de un pueblo que recuerda, resiste y sueña.

Revista Movimiento, Junio 2019

La República Madre que nos parió

En 1789, en Francia, la República era sinónimo de revolución ante la decadencia de los monarcas y el absolutismo. Incluso en el siglo XX, el bando republicano vencido en la guerra civil española era el progresista, que promulgó leyes de avanzada y con un fuerte sentido igualitario y de justicia social. Pero en la Argentina, la declamada defensa de los valores republicanos aparece ligada habitualmente a formas decididamente retrógradas y conservadoras.

Propuesta republicana es el nombre del partido en el gobierno. República significa muchas veces querer que se acepten pasivamente y de forma institucional políticas retrógradas, incluso dictadas desde poderes extranjeros como el Fondo Monetario Internacional.

República es sinónimo de gobernabilidad, de acuerdos institucionales, de consensos. Se exige República y respeto institucional a las medidas que avalan recortes, presupuestos lánguidos para salud y educación, mientras en el reverso de la moneda se reprime la protesta social o los hechos de inseguridad no pocas veces sin remedios institucionales ni republicanos y avalando el gatillo fácil.

República nos hace recuperar esa idea de desconcentración del poder, de un Ejecutivo atemperado. Una democracia donde los poderes se contrapesan, alcanzando el equilibrio deseable. Ejecutivo, Legislativo, Judicial.

En la contracara enunciada de esta democracia republicana, el “autoritarismo populista”. La imagen del pan para hoy, hambre para mañana.

Autoritarismo peronista no se dice porque peronistas hay en todos lados. Pero es indudable que al peronismo le ha quedado indiscutiblemente adherido el calificativo de autoritario, anti republicano, aunque Cambiemos gobierne muchas veces por decreto.

Es un round perdido en el sentido común en esa arena que se da en llamar la batalla cultural. Esos pensamientos que se dicen sin detenerse a reflexionar, en forma de sentencias automáticas, asociaciones caprichosas pero fuertes. El radicalismo es República, el peronismo es autoritarismo. Fernando Iglesias y Elisa Carrió, al cuadrado.

El debate está ahí, se lanza la campaña electoral, la pelotita rebotando en la ruleta. No siempre pueden controlarse todos los vectores del acontecer social y político. Lo que nos parece real hoy, se desvanece como un castillo de naipes mañana.

Si el fútbol fuera considerado la dinámica de lo impensado por el gran Panzieri, también la política tiene algo de eso. De orden, de consenso, y también de interpelación a los otros y a la ciudadanía. También de jugada inesperada, como la de los Fernández. O la de Macri eligiendo a Pichetto.

Ahora, ya inscriptas las alianzas y definidos los nombres, la pelea se adentra en lo simbólico, en la disputa del sentido común, la opinión pública.

Cambiemos propone en la campaña una balanza ajena al deterioro económico y social. Dos cosas se sopesan ahí: la República o el autoritarismo.

La desocupación, la pobreza, el invierno con cada vez más gente durmiendo en la calle queda afuera de su campaña. Eso se solucionaría cuando vengan las inversiones, el crecimiento, el derrame y la mar en coche. Teoría que no derrama otra cosa que miseria, como dijera el payaso Piñón Fijo, hablando muy en serio.

República o autoritarismo, entonces. Del otro lado, los opositores que intentan llevar el debate a la cuestión social, con el aumento innegable de la pobreza y la indigencia en una economía recesiva. Trabajo o hambre. Industria o desocupación. Leliqs o baja de la tasa de interés para que no se fundan las pocas Pymes que quedan.

Cada cual pujando para llevar la pelota a su propia cancha.

El peronismo jugando de visitante en la cancha de la República. Y Cambiemos en la de la cuestión social. Siempre es mejor jugar de local, aunque el gol de visitante valga doble. El peronismo se viste de republicano adaptando sus maneras, hablando taimadamente, relegando a los Morenos o DÉlías, intentando integrarse pluralmente en un Frente de Todos y disolviendo el aspecto confrontativo.

Juntos por el Cambio incorpora a Pichetto, un peronista, para seducir a sectores intermedios y sumar gobernabilidad, contactos legislativos y con los gobernadores. El presidente también se viste a veces de amigo de los pobres visitando barrios como Los Piletos, de Villa Soldati. Alertando y azuzando el fantasma del autoritarismo populista, que puede volver para convertirnos en Venezuela. Del otro lado, la oposición se hace eco de la miseria que no para de extenderse.

En esta actualidad política y económica acuciante, cobran vigencia las palabras que dijera en su momento Perón: “A los que afirman que hay libertad en los pueblos donde el trabajador está explotado, yo les contesto con las palabras de nuestros trabajadores: una hermosa libertad, la de morirse de hambre”.

La libertad, la República, la justicia social. Las buenas maneras, los discursos de autoayuda, y el hambre. Dentro de poco, los argentinos decidirán probablemente qué es lo más importante. Y en qué cancha se debe disputar el sentido de las políticas públicas, aún con sus infinitos grises. Si en el campo de juego de los valores republicanos o en el de la cuestión social.

También tiene sentido recordar aquella sentencia de Alfonsín de que con la democracia se come, se educa y se cura. Ese enunciado intentaba conjugar la libertad con la justicia social. La democracia se volvió muchas veces impotente para encarar ese desafío con éxito, aún luego de 36 años.

En la década del 90, Ataque 77, en su tema Degeí, aportó una sentencia: no hay opción para elegir, democracia pagar o morir. Expresando de forma contundente que no hay libertad sin justicia social, que no hay República que se precie con miles cayendo en la pobreza.

Con la libertad de morirse de hambre enseñoreándose de la cuestión social, y la República madre que nos parió.

Revista Zoom, 12/07/2019

El tercio para el peso

Las listas están definidas, con todas sus contradicciones y complejidades inherentes. Que la ideología parece disolverse cuando se trata de llenar requisitos burocráticos, un partido político concreto que banque al candidato. Esas artimañas de papeles que pusieron en riesgo la candidatura de Espert y que originaron que la llamativa alianza de Stolbizer y Barrionuevo no pudiera materializarse en la Ciudad de Buenos Aires. La ideología parece morir, sucumbe cuando se trata de necesitar el sello, la venia incómoda que autoriza la presentación del postulante. Se fue Asseff y apareció Amalia Granata para avalar al economista.

Salteado lo burocrático, lo legal, salta a la arena la campaña electoral. La de las promesas no vinculantes, la que da espacio a la riña simbólica de los imaginarios sociales. Voy a concentrar la atención entre los dos principales contendientes, Juntos por el Cambio y el Frente de Todos.

Parece ser una confrontación cerrada entre tercios definidos, los oficialistas y los opositores. Treinta por ciento para cada uno. El reflejo concreto de la grieta, ese verdadero oximorón. Son esas personas que denuestan la corrupción a ambos lados y que tienen mayormente definido su voto, aunque siempre pueda haber volatilidad por alguna causa de fuerza mayor. El tercio restante, el que define la elección, no son sólo los indecisos sino los que simplemente varían su voto de acuerdo a preferencias ocasionales o por disgustos con algunos de los contendientes. No están claramente embanderados, aunque no son indiferentes a lo que pasa. La disputa de ese tercio es la que definirá la elección. Ahora bien. ¿Qué hicieron las dos principales fuerzas en pugna para seducirlos?

Juntos por el Cambio designó de candidato a vicepresidente a Miguel Ángel Pichetto. Una decisión que, en un principio, va más orientada a garantizar la gobernabilidad de acá a fin de año. El primer gobierno no peronista que llegaría a concluir su mandato luego de Marcelo T. de Alvear. Bien. ¿Y con eso se gana?

Para poder competir con chances de éxito, hay que domesticar el dólar y asegurar el buen diálogo con los gobernadores. Sobre ese piso de mínima y precaria estabilidad, se puede competir. El candidato incorporado al binomio presidencial cumple también la función de retener el tercio de votantes propio, que pudiera eventualmente perderse por la crisis económica. Las ideas bolsonaristas, fascistoides, apuntan al reaseguro de los propios. ¿Y el otro tercio, el tercio en disputa de los independientes, de los volátiles?

Bolsonaro tenía, en comparación a esta actualidad del macrismo, dos ventajas para que proliferaran sus ideas macartistas: encarnaba la oposición a un gobierno desgastado luego de más de una década en la gestión y la sociedad brasileña es, en parte, más desigual a la argentina, con una fragmentación social que llega al antagonismo. Millonarios, sectores enriquecidos y pobres de toda pobreza, poca clase media. Bolsonaro, aún con su ideología recalcitrante, representaba el cambio ante una situación económica y social que había soportado el ajuste heterodoxo de Dilma Rousseff y el ajuste ortodoxo de Temer. La candidatura de Lula, que podía presentarse como un cambio, tropezó con la discutida condena judicial. Esa ventaja con la que contó Bolsonaro de presentarse como cambio no la tiene el macrismo. Tal vez, la pudiera haber encarnado la eventual candidatura que no fue de María Eugenia Vidal. En resumidas cuentas, Juntos por el Cambio hizo poco para atraer al tercio en disputa, el que definiría la elección.

El Frente de Todos ha tenido otra estrategia electoral. Ha exhibido, si se quiere, una postura autocrítica de los desempeños electorales anteriores. Tomó nota, en parte, del descontento de mucha gente para con la figura de Cristina Fernández. La candidata asegura un piso alto de votos y un techo que pareciera que no alcanza para ganar. La incluyó en la fórmula como una especie de reaseguro, pero en segundo lugar. Los vicepresidentes no hacen cadenas

nacionales, esas que tanto irritaron a la clase media sobre todo luego de que el boom de los commodities y el ciclo económico expansivo dieran señales de agotamiento. Una campaña que intenta disolver la confrontación y el liderazgo personalista, cristalizada en un candidato presidencial presentado como un hombre del común. Casi que tomando nota del caso brasileño y la proscripción por la condena de Lula, encabeza la fórmula un candidato que no está en la función pública desde el 2008. Con perfil más dialoguista con el resto de la sociedad, con críticas hechas al kircherismo en su recorrido político. Nos integramos pero no somos iguales. Unidad en la diversidad. Sumando también a Sergio Massa, queriendo concertar una unión para vencer al macrismo en el poder y retomar una agenda productiva. Todos movimientos sutiles o evidentes que tienden a seducir a ese tercio del electorado volátil y determinante. Lo que no hizo Daniel Scioli en la campaña del 2015, cuando con un discurso ultrakirchnerista decidió aferrarse y convencer a los propios y perdiendo los votos y la imagen que le habían permitido ser atractivo a sectores medios y altos de la sociedad argentina.

En medio de las estrategias de ambas campañas, la situación económica. Que aún no había detonado en el 2017, con el triunfo del oficialismo incluso frente a la candidatura de Cristina Fernández. Inflación de 58% anual, tarifazos y desocupación de dos dígitos. Una especie de veranito del dólar que no se sabe cuánto durará. Una paz cambiaria y cierta estabilidad económica que le dan al gobierno la chance de competir y retener a los suyos. El Frente de Todos parece haber incorporado ciertas enseñanzas del pasado reciente, tirando líneas de seducción a los independientes. Se viene lo álgido de la campaña, los momentos definitorios, el final está abierto. Unidos por el Cambio y el Frente de Todos. Todos unidos triunfaremos, sobre todo si logran el tercio que les falta para el peso.

Revista Zoom, 24/07/2019

Déjame atravesar el viento sin argumentos

La banalización absoluta de la campaña electoral puede convertirse en estrategia para seducir votantes. Durán Barba siempre le dio una importancia tal vez sobredimensionada a los detalles. La gente vota por la postura, por el gesto, le cree o no al candidato por un tintineo de las pestañas, por el cuello o la espalda demasiado rígidos, por un titubeo al hablar, vaya uno a saber por qué. No importa tanto el qué se dice sino el cómo. Cuando el cómo es todo, la política claro pierde sustancia. Y la ideología se evapora como un resto del agua en el desierto. Lejos estoy de subestimar al ecuatoriano, un experto en estas lides electorales.

Uno de los principales candidatos, Mauricio Macri, llama a votarlo sin argumentos. Se coloca alegremente en el vacío de explicaciones. No es sólo porque no tiene logros que mostrar. Siempre puede estar el pavimento real a la mano que bien se encargó de escenificar y de tocar flexionando las rodillas hace poco. Lo real y lo ficticio. Lo real es el pavimento, lo ficticio es el argumento. Rutas, veredas, el Paseo del Bajo, el Metrobús y las plazas floridas son lo real. La desocupación, la crisis económica, la deuda colosal, el aumento de la pobreza, el hambre son un argumento.

La ideología, un argumento estéril. No tuitea el presidente la imagen yo lo voto y me la banco, sólo porque bancar no es la forma correcta. Yo lo voto. Tres palabras ahí, como una sentencia que apuesta a una identificación de los que siguen al jefe, sin importar los argumentos, casi que por inercia. O por una especie de sentimiento, de orgullo de clase, aspiracional, o de telé con el candidato, ese componente que definiera el psicólogo social Pichón Riviere como la predisposición negativa o positiva a relacionarse con una persona. Yo lo voto, porque simplemente me cae bien.

Lo que no pudo Menem en el 95 lo busca Macri en el 2019, que sus votantes se blanqueen. Yo no lo voté, repetía la clase media en los 90, mientras el caudillo riojano superaba el 50% de los votos. Nadie decía votarlo, muchos lo votaron. Pero la ficción de la convertibilidad y sentir que un peso era un dólar acá y en Miami parecía no precisar de otros argumentos. Consumir, ser feliz, y que Menem siga en el barco.

Esta es la estrategia opuesta. Tal vez porque no hay logros económicos para mostrar. Ni siquiera una nube frágil ni espejismos de colores, segundos semestres o brotes verdes. Hasta en TN reconocen que hay crisis. Pero el kirchnerismo es Venezuela, siempre se puede estar peor. Hay que blanquear, entonces, con la ilusión de contagiar.

Yo lo voto, se repiten. Aunque pase hambre, sed o frío. Aunque me hayan echado del laburo. Yo lo voto porque no quiero que vuelvan los que se robaron todo. Un PBI, lo que quieras, aunque poco se pruebe y los sobreseimientos y acusaciones judiciales dancen también al compás de resultados electorales. Yo lo voto, se repiten y se viraliza, claro. Una especie de intento de sumar votantes no por argumentos sino por ósmosis. Porque este que es buen tipo lo vota, porque sultano que es trabajador lo vota, porque esa señora bien parecida lo vota. Ni que hablar de cuchufrito y pindonga. Un vacío de propuestas y de promesas. Ya no se puede siquiera hablar ni prometer la pobreza cero. Pobreza 34 por ciento.

Un gobierno que aspira a reelegirse porque yo lo voto, tú lo votas, él lo vota. Ustedes lo votan, vosotros lo votáis. Ellos no, ellos no lo votan. El ellos de la grieta. Que no lo votan con argumentos, claro. Que argumentos sobran.

Revista Marfil, 06/08/2019

PASO a paso

"El nacionalismo de ustedes se parece al amor del hijo junto a la tumba del padre; el nuestro, se parece al amor del padre junto a la cuna del hijo (...) Para ustedes la Nación se realizó y fue derogada; para nosotros, todavía sigue naciendo."

Arturo Jauretche

Los resultados de las PASO dejaron estupefactos a más de uno. Se anunciaba una pequeña diferencia a favor de Alberto Fernández, que de tan pequeña se parecía mucho a la paridad, según la palabra de las distintas encuestadoras. Qué cuestionada será ahora su credibilidad, desde que ninguna pequeña porción del total parece ser representativa del todo de una sociedad que se decidió a patear el tablero. Una pequeña parte no es igual al todo, vaya que lo demostró esta elección. Que obliga a tomar en serio más que nunca esa máxima gestáltica: el Todo (y el Frente de Todos) es mucho más que la suma de las partes. El microcosmos de los sondeos dejó afuera un resultado abrumador. El peronismo perforó su techo, Cambiemos se quedó en su tercio del electorado.

El Presidente Macri reconoció el mal desempeño electoral y la derrota sin resultados oficiales. Mandó a sus correligionarios a dormir, en una consigna que escenifica, tal vez como ninguna otra, la esencia de su modo de entender la política. De la cama al living, como diría Charly García. En un microcosmos y realidad paralela que se revelaron como un ridículo circulito rojo. Por lo chiquito y huérfano de contenido. También, se cristalizó su forma de entender la política como gestión aséptica, sin llamados a la participación. Rehuyendo ámbitos de expresión colectiva e ideologías, nadando en su propio vacío. Y, sin embargo, el voto de Cambiemos supo, poco tiempo atrás, reproducirse con una gran capilaridad, llegando e imponiéndose en el devenir de muchos ciudadanos que lo votaron con expectativas genuinas de cambio en 2015 y lo revalidaron dos años atrás. El peronismo podía movilizar multitudes en la avenida 9 de Julio en marzo del 2017, pero llegadas las elecciones legislativas triunfó Cambiemos. Épocas de ajuste gradualista, la peor cara de la crisis económica aún no se había materializado. El peronismo movilizaba, metía doscientas mil personas en una manifestación, pero a Cambiemos lo votaba el ciudadano suelto, el vendedor de flores, el taxista, el empleado de comercio, el oficio que quieras. El voto microsocia, esas personas que no se reconocen como parte de ningún colectivo militante.

Yo lo voto, rezaba el latiguillo que tiró en la última semana previa a las PASO, Mauricio Macri y Juntos por El Cambio. El voto por ósmosis apostaba a mantener la fidelidad del votante suelto, desprovisto de ideología, volátil en sus preferencias. Fracasó la estrategia y es fácil decirlo con el diario del lunes. Uno como simple observador podía notar que, en los grupos cotidianos con que interactúa, los macristas convencidos comenzaron a llamarse a silencio. Aun conservando la lealtad del voto al Gobierno, no se iban a esmerar en convencer al otro. O lo intentarían sin mucha convicción de lograrlo.

El sábado anterior a la elección sonreí al oír en la fiambrería al empleado, mientras cortaba unas fetas de jamón cocido, decir a los clientes: mañana voten bien. Las personas que escucharon, sonrieron y asintieron no visualizándose ninguna grieta y sabiendo perfectamente a lo que se estaba refiriendo. Voten bien, escuché en otros lugares, arriba de un taxi, entre los padres de una escuela, en un bar de parroquianos de Almagro. Si en algo se caracterizó este último tramo previo a las PASO, fue que en varios ámbitos microsociales escuché a gente blanqueando su voto, por cierto opositor. El voten bien le ganó al yo lo voto. Es que el gobierno de Cambiemos logró volverse insoportable para una gran cantidad de gente del común. Cuando se vacía la heladera y la plata no alcanza ni para llegar a mitad de mes, parece

disolverse toda posibilidad del discurso sobre valores republicanos y el fantasma de autoritarismos populistas. Hablar de los mercados cuando el argentino medio se preocupa de cómo pagar las tarifas onerosas mostraba el desanclaje del discurso del Gobierno.

Así como le erraron los encuestadores, demostró también su talón de Aquiles la enunciada manipulación mediática de los medios hegemónicos. La crisis tan palpable como el asfalto los hizo quedar como cantantes de otras melodías, no pudiendo sintonizar el sentir de la gente, que los ignoró por completo al entrar al cuarto oscuro y dejó boquiabiertos a gran parte de esos elencos periodísticos. Los mensajes y el poder de los medios de comunicación encontraron un límite, lo que debería dejar la enseñanza de que nunca se debe subestimar a la gente. Que el argentino tiene poder de decisión. Y lo expresa. Dando su voto a Cambiemos en 2015 y eligiendo al Frente de Todos en 2019. Los medios, que se suponían tan poderosos, quedaron a medio camino. Sin embargo, la victoria no debe tal vez llamar a engaño. En estas PASO, el Frente de Todos tuvo la plasticidad de identificarse con la gente. Es claro que el kirchnerismo duro tuvo que relativizarse hasta resultar tolerable. Triunfó menos el pensamiento del Instituto Patria y La Cámpora que Alberto Fernández y su capacidad de unir. Una nueva totalidad que contenga a todos, a Alberto Fernández, Cristina Kirchner, Sergio Massa, Axel Kicillof, Pino Solanas, Lammens, Donda. Diversidad para ganar e intentar diluir la grieta. Y un enorme desafío por delante que se enunció ayer: volver a gobernar la economía para que cierren los números con todos los argentinos adentro. PASO a paso.

Revista El Sur, 13/08/2018

La cumbia de cuchufrito y pindonga o la música como acción política

La canción de Sudor Marika se viraliza y prende en la gente. La cumbia contagia alegría, se baila con pasos que quieren ser de triunfadores. Es evidente que el macrismo está en retroceso aún cuando conserve la victoria en la ciudad porteña. Hay final abierto, en terreno escarpado desde siempre para el peronismo.

Ciudad orgullosa Buenos Aires. En 1820, los caudillos federales Estanislao López y Francisco Ramírez vencieron en la Batalla de Cepeda y ataron sus pingos en la plaza mayor, para expectación y horror de los porteños. Un caudillo más civilizado, Justo J. Urquiza, tampoco fue muy querido en la ciudad, aún cuando derrotara a Juan Manuel de Rosas. Orgullosa Buenos Aires, contempló el paso de multitudes que no la enamoraron, que no la hicieron caer rendida nunca.

Una ciudad que te puede llegar a tolerar un poco de peronismo pero sin las patas en la fuente. Que no se banca la marchita, pero la cumbia mucho mejor, por lo visto. Que ni Perón ganaba en la ciudad una elección, que en el '73, luego de dieciocho años de exilio y con el impulso arrollador del Luche y Vuelve y la juventud, en Buenos Aires fue electo senador Fernando de La Rúa. Un embrujo, una forma de ser a la que se quiere seducir ahora desde la cumbia, desde la música. Que el voto con música entre. Y lo más importante, la canción es un acierto por las maneras que emplea, cuando las formas son más importantes que el fondo. Las formas, las maneras de transmitir un mensaje son de una relevancia capital cuando el líder político se enfrenta a una ciudad hostil y resistente.

Vienen aires buenos, un eslogan de campaña pertinente. La cara de buen tipo de Matías Lammens, de hombre tranquilo. Que surfea en un vacío de identidad política, de izquierda a derecha como los pasitos del baile. No soy peronista, dice, ni antiperonista. No soy kirchnerista, ni antikirchnerista reafirma. Si Cristina no iba en el segundo término de la fórmula nacional, no hubiera aceptado la convocatoria del Frente de Todos.

¿Qué es, entonces, Lammens? No lo devela la canción, que es una descripción rimada de los problemas que afectan a la gente todos los días. Ni kirchnerista ni peronista, Lammens se define como progresista. Apuntando a la estela de los últimos ganadores en la ciudad que pertenecían de alguna forma a ese signo, Aníbal Ibarra y Chacho Alvarez en las legislativas. Quiere ser una especie de frepasista sin Frepaso. La Ciudad de Buenos Aires puede tolerar un peronismo sin Perón. O una especie de kirchnerismo sin Cristina. En la Ciudad orgullosa, para intentar ganarla tenés que ser vandorista. Eso intenta Lammens, incorporando el recurso innovador de la música contagiosa. Música popular, la cumbia de cuchufrito y pindonga.

La cumbia se arraigó como género musical desde hace años, la bailan todos los sectores sociales, en cualquier ámbito. Aunque la letra pueda ser beligerante, se repite en forma amena y alegre, no confrontativa. No es tan fácil recordar campañas políticas acompañadas de música de forma importante. Me vienen a la mente el “Arremánguese”, de Menem del '89. Y la canción de la campaña de Alberto Albamonte en el 90, en oposición a la reforma constitucional propuesta por Antonio Cafiero en la provincia de Buenos Aires. No, no, no, dígame no, rezaba la propaganda y mostraba a gente risueña haciendo el signo de la negación con la mano.

La música, como parte de la campaña política, no aparece tan comúnmente y menos con esta capacidad de masificarse. Se junta la gente, baila, se ríe, contagia. ¿Alcanzará con eso? Está por verse. Lo que es seguro es que es una forma de seducción política innovadora. Lo que innova no daña, más si se quiere dar vuelta una elección.

Suenan los acordes y se baila alegremente la cumbia que avanza sobre el retroceso del rival y su silencio. El que calla, otorga, posibilita la oportunidad. La letra de la canción apunta también a identificar a Larreta con Macri y Vidal, claro. Pegarlo a los que perdieron, al barco

que se hunde o es tragado por el pasado. Ya fue, ya fueron Macri y Vidal. Larreta es, por ahora. Por ahora. Y sólo si el soberano quiere. Que al fin y al cabo, de eso se trata la democracia. De elegir lo que vos querés. Sólo lo que vos querés.

El Estadista, 22/08/2019

Lunes por la madrugada

“Yo ya no comprendo nada, tantas caras dibujadas, como manchas en una pared”

Lunes por la Madrugada, tema de Los Abuelos de la Nada.

Martes 20 de agosto, luego del fin de semana largo. Asunción del nuevo ministro de Hacienda Hernán Lacunza. El Presidente Mauricio Macri cae en el furcio, agradeciendo la presencia tan temprana de los medios periodísticos un día lunes. Son las 8:30 hs.

La equivocación causó gracia, lo que no es broma es que el momento de la gestión actual parece un lunes eterno. Esos días en que el laburante comienza la semana con todas las responsabilidades por delante. El fin de semana, allá lejos. No se pasan los días lunes, y se reman en dulce de leche los días y las semanas cuando el sueño es sólo llegar a fin de mes. Un lunes por la madrugada, se imaginó el Presidente trayendo sin querer la imagen del mítico y talentoso Miguel Abuelo y los Abuelos de la Nada. Pero era martes, por suerte.

Los Abuelos de la Nada pueden funcionar también como una curiosa metáfora nominal para describir a un gobierno que no dejará sucesores o prácticamente nadie reclamará su herencia. Ninguna generación de nietos de este gobierno probablemente se referenciará en él, desde que los jóvenes le huyen. Esa edad adolescente o adultez temprana que a veces condice con el deseo de cambiar el mundo parece ser antitética de la política entendida solo como gestión aséptica. La Ceocracia parece no haber permeado en los jóvenes, aún con la incorporación tardía de Martín Lousteau a la campaña electoral. Es imposible hoy imaginar a un futuro caudillo, así sea liberal, acudiendo a alguna cita o máxima que vaya a dejar como legado el gobierno de Mauricio Macri. Cancelado el futuro y sin un pasado de logros importantes que mostrar en tres años y medio de gestión, el gobierno se debate en una perpetua coyuntura apagando incendios, viviendo el día a día, tomándole la temperatura al dólar, dejándolo subir como la fiebre para que escarmienten los argentinos infieles que no lo eligieron. Todos los días son lunes.

Cambio de figuras. Entra Lacunza, porque salió Dujovne. Pero la máxima que enunciara el Presidente se repite, por el mismo camino y más rápido. La derrota electoral le quitó sólo el dinamismo. El camino continúa recto. Casi una modificación bielsista, con perdón de Marcelo, el ex Dt de la Selección Argentina. El fútbol se juega con un solo 9, aunque vayas perdiendo y te quedes fuera del Mundial faltando cinco minutos. Crespo por Batistuta. Lacunza por Dujovne.

Algunos recordarán un sketch de Videomatch donde un hombre se subía a un taxi, ese microcosmos de la sociología de barrio que describiera y analizara Horacio González en un libro. El chofer le preguntaba: ¿Dónde vamos? Derecho, respondía el pasajero. A las pocas cuadras, volvía a indagar el taxista, y la única respuesta que daba el peculiar viajante era: Derecho. Derecho hacia la nada. Casi como la declaración de Guido Sandleris, no hay plan B. Hay que seguir derecho, por el mismo camino, no más rápido porque se los negó el resultado electoral. No parece importar cuántos argentinos más se sumerjan en la pobreza en un modelo económico que sólo desparramó recesión y miseria en amplios sectores de la población.

Habrà derrame cuando haya crecimiento, reza el axioma neoliberal. Al margen de que se ha revelado falso en numerosas ocasiones, la sentencia deja sin explicar qué pasa cuando no hay crecimiento sino recesión. Cuando no hay nada que derramar. Por definición, cuando no se derrama el agua del vaso, se concentra, como se concentraron los beneficios de la timba financiera en los sectores económicos dominantes. Concentración de los beneficios, expansión de los costos de esta fiesta del poder en todo el tejido social arrasado. Tafifazos, sueldos licuados, desocupación. La síntesis de lo que fueron estos años, un fin de semana

largo para algunos y un lunes eterno para casi todos. A trabajar cada vez más, para ganar cada vez menos. Un eterno lunes por la madrugada. Apenas se asoma el sol, los trabajadores vuelven, a pesar de todo, a levantarse para pelearla como cada día.

Revista Marfil, 29/08/2019

La patria republicana

“Y para no olvidarme de lo que fui/ mi Patria y mi guitarra las llevo en mí/ una es fuerte y es fiel / la otra un papel”

Joan Manuel Serrat, en tema Vagabundear.

24 de agosto, la fecha elegida. Se tira al aire por twitter, se replica por redes sociales. Yo lo voto. Y lo voté. Ahora, el yo voy. Al Obelisco, a defender la República.

La idea convocante llama a rescatar las instituciones frente a la referida amenaza del autoritarismo populista. El fantasma que tomó otra corporeidad luego del triunfo contundente en las PASO del Frente de Todos. El peronismo plebeyo e irreverente, león escondido detrás de la oveja de Alberto Fernández. El retorno tan temido de la corrupción y del gobierno discrecional de ella, Cristina Fernández, ubicada en un segundo plano pero que dirige presuntamente la batuta manejando como un títere al líder de fórmula. Esta y otras formulaciones por el estilo se replican en las redes, forman el sentido común de la patria republicana que se convoca.

Las comparaciones siempre son odiosas, pero sirven por esa idea de lo circular de la historia argentina, de sus ciclos económicos, sociales y políticos. Con todas las variaciones de época lógicas, la asimilación con la marcha de la Constitución y la Libertad de 1945 es una tentación. Aquella reunió a personalidades de la casi totalidad de los partidos políticos y participaron sectores medios y altos que se oponían al naziperonismo, devenido en este 2019 autoritarismo populista. En este sentido, hay que reconocer que hemos evolucionado en las caracterizaciones para bien, así sea crudo el intercambio y la violencia de los mensajes en las redes sociales.

Aquella convocatoria de 1945 juntó a los que veían en riesgo sus posiciones adquiridas por el desafío que significaba el sujeto social plebeyo que venía a reclamar su lugar en la estructura social y política. Una lucha de clases casi desembozada tenía lugar en ese momento entre sectores de alta alcurnia de la oligarquía, sectores intermedios y los obreros industriales venidos del interior y que reclamaban sus derechos. Muchos sectores medios profesionales y burgueses participaron de esta marcha por la Constitución y la Libertad, tal vez por esa misma tesis aspiracional con las que algunos explican el voto al macrismo por parte de sectores que se vieron ostensiblemente perjudicados por sus políticas económicas. El deseo de pertenecer, de reconocerse en los poderosos, que no abren el acceso a esas posiciones concentradas pero dejan caer ilusiones de poder parecerse, de mimetizarse. El príncipe y el mendigo de clase media son la misma cosa, porque en definitiva todos quieren ser príncipes.

Unidos, tomados del brazo encabezando la marcha iban los radicales, los socialistas, los comunistas, los demócratas progresistas. Todo el arco político se alzaba frente a un régimen militar que comenzó a atisbar una forma de hacer política a través de su líder Juan Domingo Perón.

La movilización se reunió primero frente al Congreso de la Nación y se desplazó luego hacia Recoleta. Del centro hacia Barrio Norte. El Sur no existía para ellos desde que tuvieron que abandonar sus mansiones de lujo huyendo del brote de fiebre amarilla a fines del siglo XIX. El diario de Mitre, La Nación titularía al día siguiente: “Ferviente en su amplitud inusitada fue el inmenso desfile cívico de ayer”. Que algunas palabras cambian y otras permanecen hasta en la actualidad. El ciudadano de la mítica Atenas, donde decidían sólo los ricos y propietarios. Lo cívico y la Coalición Cívica, una de las adherentes del 24 de agosto.

Se hizo viral el video convocando desde Madrid a la marcha de Luis Brandoni, el reconocido actor. Se llama a defender la república, la democracia y la decencia. Un ejercicio

de contricción al que se invita al pueblo argentino. Poner en el altar a una idea abstracta de República que no promete prácticamente nada. Sufrir ahora para el futuro que no llega nunca. Con la República no se come, no se educa ni se cura parece.

Voy a acudir aquí a una imagen bíblica del Antiguo Testamento, con perdón de los no creyentes pero para tomar una idea. Dios le hace llegar en el monte del Sinaí las tablas de la ley a Moisés, los diez mandamientos. Le tira por la cabeza, podríamos decir, un código al que atenerse, y lo hace volver con su pueblo al eterno peregrinar por el desierto hacia la tierra prometida. No los manda derecho, por el mismo camino y más rápido pero poco le faltó.

Tuvieron que cruzar ríos y mares. Pero una cosa es que el sacrificio lo pida Dios, y otra los funcionarios bien terrenales que nos gobiernan. Y quienes arengan para cruzar el río, son personas bien terrenales, tienen el estómago lleno y se olvidaron por completo de las necesidades de su pueblo, que perdió la fe en esa república que no los incluye.

En el video que circulara por las redes de Luis Brandoni, el actor convoca a juntarse el 24 de agosto. Y es de color la última frase: “Viva la patria. ¿Eh?”. Así, sin signos de exclamación ni mucho menos un puño levantado. Y con un signo de pregunta, dubitativo. Que expresa mejor que nada el vacío de una abstracción que no se hace carne, Porque, como se diera cuenta tarde el gobierno, los argentinos se sintieron desamparados. Y comenzó a tirar salvavidas hacia todos lados, cuando ya había chocado el Titanic. Esa idea de república, vacía de contenido y sin contenido social, naufraga hacia la derrota estrepitosa. Los últimos reflejos no alcanzan, cuando el daño ocasionado fue mucho. Desocupación, tarifazos, recesión. Muchos argentinos debajo de la línea de pobreza. Todas esas cosas que hacen sentir a la Patria dubitativa a la que alude Brandoni como una extrañeza. Porque, como dice la cita del gran Joan Manuel Serrat que encabeza este escrito: para no olvidarme de lo que fui, mi patria y mi guitarra las llevo en mí. Una es fuerte y es fiel, la otra un papel.

Llenar de sentido la Patria incluyendo a todos, el desafío enorme que tendrá por delante el próximo gobierno.

Revista Zoom, 27/08/2019

La perinola no azarosa del modelo económico. Y ahora, el hambre

Tanto andar, tanto resistirse y al final sucumbir simplemente ante la evidencia de que el Estado existe. Y es necesario. El Leviatán, que describiera Thomas Hobbes más de tres siglos atrás. Un monstruo horroroso, mítico, burocrático e insoportable. Pero necesario, otra vez. El Estado ordena, a pesar de todo. Y ante él sucumbe hasta un gobierno que se había resuelto a ignorarlo, a achicarlo desde la ortodoxia del neoliberalismo y la economía de mercado. Pero se evaporaron los dólares, no hacia la atmósfera sino en un vuelo diagonal hacia algún paraíso fiscal. La timba financiera, esa de la que tanto se habla. Los capitales especulativos compraron lebac, vendieron lebac para comprar dólares. Compraron leliqs, vendieron leliqs. Las tasas exorbitantes hacían la rueda perversa de la ganancia para las finanzas y en el reverso el congelamiento del crédito para los simples mortales de la economía real. Compraron dólares los capitales especulativos, al final. Y los fugaron. Bajaron las reservas, subió el precio del dólar. Y estalló la burbuja. Y se enfrió aún más la economía real, la del trabajador, la del comerciante, la de la calle. Y el gobierno se quedó como un ciego caminando a tientas en el vacío, y tanteando un lugar de donde agarrarse. El Estado, al final. Cepo cambiario. Se acabó la joda, demasiado tarde. Los fugados no volverán. Pero los bancos se vacían de a poco y la sangría sigue, continúa. Ya nadie confía en el gobierno. El peso argentino se devalúa aún más en las góndolas, los alimentos y consumos de primera necesidad se van a las nubes. El mercado se evaporó, y el Estado es lo único concreto que queda, lo tangible, la forma de intentar intervenir. Se resigna a esa intervención no querida el gobierno sólo para evitar un mal mayor.

Lo expresó con claridad Frigerio, tomamos esa medida porque teníamos que proteger el poder adquisitivo de la gente. Ese que succionó salvajemente la espiral especulativa, la burbuja comiéndose a la economía real. Con tasas exorbitantes y tarifazos, pusieron cepo a las Pymes. Creció la desocupación, se pulverizó el salario atacado por paritarias a la baja y la inflación.

Un juego de la perinola (no azarosa, vale aclarar) entre la economía real o el mercado interno y la patria financiera. Que todo aparece claramente visualizado como un juego de tomar y poner. Los que ponen, pierden. Los que toman, ganan. Los trabajadores pusieron su salario pulverizado, algunos derechos laborales y el pago con sangre, sudor y lágrimas de las tarifas dolarizadas del transporte y de servicios esenciales como el agua, el gas y la luz. Las Pymes y empresas de la economía real también pusieron en juego su propia existencia, estrangulada por el impacto de los tarifazos, el financiamiento truncado por tasas prohibitivas y la caída vertiginosa de sus ventas. Cierre de fábricas, desocupación. En el reverso de la perinola perversa, los capitales especulativos tomaron todo. Todos los dólares que pudieron. Y se los llevaron lejos.

Tarde, muy tarde y a contramano de sus creencias, el gobierno recordó que había un Estado y que no tenía que funcionar como un simple espectador. Como dijera en su momento el filósofo contractualista Thomas Hobbes, los hombres en estado de naturaleza y sin un poder común que los gobierne, persiguen sus intereses egoístas, provocándose la guerra de todos contra todos. El egoísmo se come a la sociedad y la posibilidad de la existencia en común. Curiosamente, el gobierno de Cambiemos nos lleva dramáticamente a constatar que hay cosas que no cambian, por los siglos de los siglos. Y que necesitan ser gobernadas por un Estado, para intentar superar los intereses mezquinos.

Como se ha dicho en varias ocasiones en la reciente campaña electoral, sería deseable que el gobierno actual y el venidero, propongan una mesa para elaborar un nuevo acuerdo social, contrato social o el nombre que se le quiera poner. Sentando a los sindicatos, los empresarios grandes y pequeños, los movimientos sociales y la clase política en la misma mesa. Con el

Estado mediando, contrapesando para que todas las voces sean escuchadas al margen del peso económico específico de los distintos actores.

Las crisis obligan a veces a empezar de cero. Sin olvidar que los que más las padecen son los débiles. Es un momento aciago para los más humildes, que expresan desde sus organizaciones que tienen hambre, nada más y nada menos. Hambre. Piden que se declare la emergencia alimentaria. El gobierno aún hace oídos sordos. Pero este reclamo pone sobre el tapete el principal objetivo que debe tener ese acuerdo social: terminar con el hambre.

Revista Marfil, 10/09/19

José Luis Nell. Una vida militante comprometida con su tiempo

Siempre me pregunté si tenía sentido o no escribir un libro sobre José Luis Nell. Su nombre no tiene muchas resonancias para las nuevas generaciones. En cambio, varios de los militantes en los años de plomo (las décadas del 60 y 70 del siglo pasado) lo recuerdan. Algunos de esos testimonios los recopiló en el documental Los Malditos Caminos Luis Barone, excelente trabajo que narra las vidas de José Luis Nell, Lucía Cullen y el padre Carlos Mugica.

La pregunta por el sentido del libro tenía también un conato más profundo, si se quiere, y que tocaba el ámbito sensible de los valores. Era una especie de antihéroe que, en un evento importante de su vida, asesinó a dos personas. Victorio Cogo y Alejandro Morel. El saldo trágico del primer golpe de la guerrilla urbana en la Argentina: el asalto al Policlínico Bancario del 29 de agosto de 1963. Los protagonistas habían sido jóvenes de clase media y alta, niños bien que se habían decidido a intentar pertrecharse y financiarse para pelear por el retorno aún quimérico de Juan Domingo Perón. Habían roto por izquierda con la fascista Tacuara y originado el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara. José Luis Nell y Joe Baxter fueron sus principales referentes.

Podemos quedarnos con esos dos asesinatos, y es una lectura inobjetable y hasta legal si se quiere. Un delincuente, sin agregar más. Que pasó años de su vida en prisión. Esa lectura lineal puede llevar a simplificar lo que era un contexto social complejo y signado por la violencia. Los bombardeos a la Plaza de Mayo del 55, donde fue herida la madre de José Luis Nell, María Eloísa Tacci. Los fusilamientos del 56, el plan CONINTES y la democracia amordazada que siguió proscribiendo la voz de las mayorías. Y estos hombres, por otro lado, que se resistieron a la inercia y participaron de eso que se dio en llamar la resistencia peronista. Por los hechos del Policlínico, Nell fue detenido y se fugó de una alcaldía de Tribunales de forma increíble. Viajó a China con integrantes del Movimiento Revolucionario Peronista que encabezó Gustavo Rearte. Volvió a Uruguay, donde militó en los Tupamaros y volvió a ser detenido. John William Cooke esgrimió su defensa cuando la dictadura militar de Onganía solicitó su extradición, en una columna que apareció en el periódico Marcha en 1967. Con los tupa uruguayos, participó de la fuga legendaria del penal de Punta Carretas en septiembre de 1971.

Otra inquietud respecto del personaje es que se trata, podría decirse, de alguien a quien es muy difícil catalogar. Tal vez por el zigzagado de su carrera política, que fue quizás el reflejo de las búsquedas y el devenir de una generación llena de sueños y utopías que nacieron al calor del Mayo francés y la Revolución Cubana. ¿Fue tacuara, o sea un facho? Sí, pero después se hizo un poco más zurdo. ¿Fue tupamaro? Sí, pero no se hizo querer mucho parece por ser peronista. ¿Fue montonero? Sí, pero crítico con la Conducción. Una especie de contradicción andante, en el sentido de un devenir muy humano y comprometido con su tiempo. Cultivó grandes amistades, la más entrañable tal vez fuera la de Cacho Envar El Kadri. Y un gran amor, que vivió junto a Lucía Cullen, su compañera hasta el final.

Líder de la columna Sur de Montoneros, fue herido en el acto de recepción frustrada a Perón en Ezeiza por la represión que ejecutara desde el Palco la derecha peronista. Un balazo en la cabeza lo dejó cuadripléjico, en silla de ruedas ese 20 de junio de 1973. Luego del asesinato de José Ignacio Rucci, criticó a la cúpula montonera y fue uno de los impulsores de la Juventud Peronista Lealtad, junto con el padre Carlos Mugica. Montonero pero crítico. Peronista pero no de derecha, este hombre en tiempos del fuego cruzado del 73 y el 74, optó por una posición intermedia, de centro, podríamos decir. No se abrazó ni con Firmenich ni con López Rega. Lealtad a Perón, nada más (y nada menos), y fidelidad a la democracia que había sabido darse el pueblo argentino. Siguiendo al Padre Carlos Mugica, que por entonces algunos cuentan que le dijo a Firmenich: ahora gobierna Perón, los fierros metételes en el culo. José Luis Nell acompañó esa posición, sin alcanzar la justa celebridad que le dio el

martirio a la figura entrañable del sacerdote. Su final fue mucho menos épico. En una silla de ruedas y en una estación de tren abandonada a la que lo habían conducido sus amigos el 9 de septiembre de 1974, donde concretaría la decisión de quitarse la vida, largamente meditada.

Escribí este libro como un modesto intento de que el testimonio de esa generación y de esa vida se cuente como relato libre, como novela que no tiene tal vez la solidez de una investigación. Lo encaré así porque han quedado pocos elementos materiales y documentos para hacerlo de otra forma. La ficción viene a salvar el límite de lo real, de lo tangible. Como un auxilio de la memoria pero con el objetivo de recuperar lo que los personajes pensaron y actuaron en su tiempo, sin juzgarlos desde el eclecticismo ni para bien ni para mal. Un intento más de recuperar un tiempo del que hubo y habrá muchísimas lecturas, porque la memoria es tal vez una herida abierta y que sigue gritando en la actualidad crispada de la Argentina. Recuerdos que a veces incomodan porque reflotan los sueños de la patria socialista que no fue y que pervive tal vez como el justo anhelo que muchos tenemos de lograr una patria más justa e igualitaria para todos.

[El último tren: un recorrido por la vida militante de José Luis Nell (1940-1974). Versión digital gratuita disponible en <http://www.margen.org/libros.html>. La versión impresa del libro puede conseguirse en librerías Páginas Libres, El Gato Escaldado, Punto de Encuentro y Badaraco.]

Revista Marfil, 05/09/2019

El Presidente que no se rindió

*“Yo pisaré las calles nuevamente / de lo que fue
Santiago ensangrentada. Y en una hermosa Plaza
liberada / me detendré a llorar por los ausentes.”*

Pablo Milanés.

El 11 de septiembre se cumplió un nuevo aniversario del golpe de Estado que derrocara al presidente de Chile, Salvador Allende. El día del aciago asalto al Palacio de la Moneda por las Fuerzas Armadas comandadas por Augusto Pinochet.

Había subido al poder tres años antes Salvador Allende obteniendo el 36 por ciento de los votos en una elección reñida aventajando a Alessandri, candidato de la derecha que obtuvo el 35 y a Tomic, del centro del espacio político, con el 28. Sí, 36 a 35. Como un corredor de cien metros llanos que triunfa por el detalle de inclinar la cabeza y pasar una décima de segundo antes la línea de meta. Así triunfó el candidato de la Unidad Popular.

Ese hombre descendiente de vascos encararía un intento altamente loable: hacer el socialismo por medios pacíficos. La vía chilena al socialismo. En tiempos de guerra fría entre Oriente y Occidente. La Unión Soviética y Estados Unidos. Comunismo y capitalismo. La guerra se libraba en otros países, y bajo el fantasma del botón rojo que podría iniciar en cualquier momento un conflicto nuclear entre los dos gigantes, y el fin del mundo.

Y tomó el poder Salvador Allende encabezando a la Unidad Popular. Lo había intentado cuatro veces antes presentándose como candidato, de menor a mayor. Obteniendo en su primer intento los votos ínfimos habituales en tantos candidatos de izquierda en Chile y en el mundo. Nadie lo tomaba en serio. Pero se fue ampliando su base de apoyos tejiendo un movimiento social y la unidad de distintas fuerzas progresistas y revolucionarias. Unió al Partido Socialista con el Comunista y otras fuerzas como el Movimiento de Acción Popular Unitario. Dejó el puritanismo de los sectarios Salvador Allende para llegar al poder. Y llegó nomás, con poco más del tercio del electorado, no había balotaje, esa ingeniería moderna. Se definía por puntos, como en el boxeo, y a las tres fuerzas más importantes que compitieron se impuso la Unidad Popular. Su elección fue ratificada por el Congreso.

¿Y ahora?, se preguntó parte de la sociedad chilena. La democracia que habían acaparado los partidos conservadores alternándose en el poder de repente se reveló peligrosa cuando cristalizaba el triunfo de un presidente socialista. La democracia para pocos, tranquila, daba el triunfo de repente a un programa que quería transformar la sociedad. Tanta convulsión causó, que el general legalista René Schneider fue asesinado por conspiradores alentados (por lo menos) desde Estados Unidos, en la esperanza de que al presidente elegido no se le permitiera siquiera asumir. Pero el tres de noviembre de 1970 se puso la banda presidencial Salvador Allende.

Si los socialismos reales se habían caracterizado por variables formas e intensidad en el empleo de la violencia revolucionaria, lo que venía a intentar este gobierno era unir al socialismo con la democracia y divorciarlo de la violencia. Allende respetaba el recuerdo del Che Guevara, pero su socialismo no iba a necesitar La Cabaña, ese lugar donde fusiló en la Habana el gobierno revolucionario. Allende venía a instaurar la vía pacífica.

A desalambrar, entonando la canción de Víctor Jara. Profundizando la reforma agraria, para que la tierra llegara a los campesinos pobres utilizando mecanismos legales de expropiación. Y el gobierno nacionalizó el cobre y la banca sin disparar un solo tiro. Que era reformista, lo criticaba el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), que le pedía que les entregara las armas para acelerar el proceso. Allende se negó, no perdiendo ni el respeto ni las formas para

tratar a esa militancia juvenil que se quería llevar el mundo por delante. Del otro lado de la Cordillera, ya había descripto Perón a los apurados y a los retardatarios. Y también, había dicho que las revoluciones se hacen con tiempo o con sangre. Si se hacen con sangre, se ahorra tiempo. Si se hacen con tiempo, se ahorra sangre. Allende eligió el tiempo a la sangre. Demorar lo que fuera necesario para hacer una revolución incruenta. Y no se quedó en las promesas, como se describió.

Pero se desató la crisis económica acrecentada por el boicot de sectores contrarios a las políticas del gobierno, teniendo lugar el acaparamiento y desabastecimiento de productos de primera necesidad por el paro de camiones de 1972, patrocinado por la CIA. La crisis fue fomentada, como se sabe por documentación desclasificada y no necesita probarse, por Estados Unidos, que impuso además trabas económicas al país. La hiperinflación enojó a los sectores medios, que se manifestaron con cacerolazos.

El final, el 11 de septiembre del 73, se muestra como un verdadero cuadro incongruente para con el hombre democrático y que conservó siempre una actitud pacífica. Resalta en la derrota de la última escena un drama existencial y una dignidad conmovedora. Se queda acompañado por los últimos fieles en La Moneda, que no están tampoco muy decididos a inmolarsse.

Los golpistas y Estados Unidos le ofrecen al presidente un salvoconducto. Juan Domingo Perón tuvo una cañonera paraguaya que lo puso a salvo en el exilio en 1955. Jacobo Arbenz, el presidente de Guatemala, se exilió en México en 1954. Este hombre no, enfrenta acompañado por los pocos que le quedan su destino. Una escena parecida a la de El Mariscal Francisco Solano López, presidente de Paraguay, en Cerro Corá, en 1870. Morir resistiendo hasta el final.

Dos siglos distintos, parecidos enemigos como lo sincerara desvergonzadamente Bartolomé Mitre, presidente argentino mentor de una guerra que se hacía para imponer los principios de los apóstoles del libre comercio. En ese momento, detrás de la Guerra de la Triple Alianza contra Paraguay, estaba Inglaterra. En el golpe de Estado en Chile, Estados Unidos. Inglaterra y Estados Unidos. El Padre, el Hijo y el Espíritu nada santo del capitalismo imperialista.

No se entrega Salvador Allende. Sabe que no puede ganar, que está derrotado pero quiere devolverle a sus compatriotas y al mundo la coherencia de haber defendido su investidura. Y poner en evidencia alevosamente el crimen del golpe de Estado. Porque no fue una conjura palaciega -hoy hay un gobierno, mañana amanece otro- sino un hecho de violencia tremenda que la actitud de Allende y su dignidad final exponen sin velos. Por eso, no hubo la posibilidad siquiera de esbozar una teoría de los dos demonios en Chile, ese pensamiento que pretendiera injusta y descaradamente en Argentina igualar los crímenes cometidos por las organizaciones guerrilleras y el terrorismo de Estado. En Chile, hubo un solo demonio que quedó alevosamente expuesto ese 11 de septiembre de 1973, que instauró una dictadura perversa y sangrienta que duraría dieciséis años.

Pasaron cuarenta y seis septiembrés de esos hechos luctuosos. Cuarenta y seis primaveras que no fueron socialistas. La revolución que no quiso disparar un solo tiro fue exterminada violentamente. Un día gris, negro, que hizo hasta morir de tristeza al mago de la poesía Pablo Neruda. Y se escucharon los últimos acordes de Víctor Jara en el Estadio Nacional, centro de exterminio. La poesía, la música que sobrevivieron a pesar de todo como testimonio y recuerdo de un tiempo revolucionario y un presidente que dio la vida por su pueblo. Y que no se rindió, hasta el final.

Revista El Sur, 20/09/2019

Los dichos de Avelluto, los valores sociales y una audacia política que valga la pena

Tuve el coraje y la audacia política de despedir a mil seiscientas personas, dijo a las cámaras el ministro (secretario) de Cultura Pablo Avelluto hace un tiempo sin que se le moviera un músculo de la cara. Afirmó eso luego de definir a su cartera como marginal, tan así es que pasó a ser Secretaría. Una secretaría sin mayor importancia y de la que se pudo, por lo visto, despedir gente. De Ministerio a Secretaría, nada mejor para graficar la importancia que la actual gestión le dio a la cultura.

Hasta el propio capitalismo se cuidó bien históricamente en mancillar un poco sus crueldades. No es deseable despedir, pero esa exclusión del trabajo puede compensarse con la indemnización. Acumulación, compensación, desigualdad agregada. Tengo un tío que, en la década del 90, lo despidieron de SOMISA. Con la indemnización, se puso una panadería, como otros pusieron su kiosquito. La desolación del despido se compensó con la ilusión transitoria de su propio emprendimiento, su empresa. Casi que emulando el espíritu de muchos tanos y españoles que vinieron al país a inicios del siglo XX con una mano atrás y otra adelante y que pudieron en general prosperar. Mi tío tuvo que cerrar poco después como varios otros. Como cierran hoy tantas Pymes. La economía real se reciente con la especulación financiera de ayer y hoy. Las crisis las pagan las Pymes.

Pero hay algo más subyacente en la prédica de Avelluto que es preciso señalar, que es la disputa por los valores sociales y eso que se da en llamar el sentido común. Traigo una anécdota, para poner un poco de color. Hice la primaria en un colegio salesiano, el San Antonio, donde nació San Lorenzo. Un día, luego de una reunión de familias, mi viejo me dijo que lo había impresionado lo que le comentó el padre de un compañero mío. Le había dicho algo así: acá repiten lo de ayudar al prójimo, pensar en los demás y eso, cuando crezcan los chicos, les puede generar culpa. Planteó, sin pelos en la lengua, que cuando tuvieran que perjudicar a otro o pensar solo en ellos, se les podía presentar ese resquemor o remordimiento de la conciencia, el mismo que, por lo visto, no sintió Avelluto al echar a mil seiscientos tipos y reivindicarlo sin despeinarse. Se visualiza el intento del neoliberalismo de trastocar valores que permanecen inmovibles, pasan los gobiernos pero despedir trabajadores tarda en volverse algo agradable o digno de reivindicación. Menos mal.

Si hay miseria, entonces que no se note. Y si hay decisiones injustas, que se camuflen o escondan. Una característica del capitalismo global es la de alejar el centro de toma de decisiones del contacto con la gente. En una multinacional, te pueden despedir porque decidió reducir el personal y maximizar ganancias el grupo reducido de accionistas en algún lugar remoto del globo terráqueo. Un simple ejecutor pondrá la cara para dar la noticia (como ocurrió sin dudas en el Ministerio de Cultura) y le mirará los ojos al despedido, pero la decisión se tomó en otro lado. El Poder se vuelve invisible, un hilo que mueve las marionetas a su antojo. Las guerras las hacen los drones, los despidos viajan en mensajes electrónicos, como las inversiones de capital que vienen, se multiplican y se fugan.

Pero la vanagloria por echar es una originalidad de un Secretario de gobierno que viene con pretensiones de disputar el sentido común y los valores sociales para el reino inmune del capitalismo más desencarnado. Está bien echar, hace veinte años que no trabajan, son todos vagos, la multinacional del cartón que describiera en su imaginación retrógrada Miguel Ángel Pichetto. Si el capitalismo global se oculta, se maneja en las sombras de comprar y vender leliqs, comprar y vender lebacks, y vender y comprar dólares, el gobierno se caracteriza por brindarle la coartada de preparar el terreno fácil de las ganancias especulativas y criticar a los pobres mortales de la economía real. Son todos vagos, choriplaneros, queriendo ahondar en el ardid de la grieta para que el ciudadano vote por temor. No nos une el amor, sino el espanto, aquella gran cita borgeana. Venezuela, el trotskismo de Kicillof y vas a tener que entregar un departamento a la revolución.

Pero no hay cajón de Herminio cuando la propia pésima gestión económica hundió al gobierno políticamente a la hora de encarar las elecciones definitivas. Audacia política, retomando la desfachatez de Avelluto, es la que le hará mucha falta ahora que se reanudó la campaña electoral. Porque, si algo no pudo aún el capitalismo global, es superar la vieja y casi obsoleta materialidad de las urnas. Podés escribir un twitter para llamar a que te voten sin argumentos, encargar encuestas y estudios de imagen, blindarte mediáticamente pero la campaña te obliga a mantener contacto con la presencia vital de la gente. Y muchos votantes observaron sus heladeras vacías, el drama de no llegar ni a mitad de mes y dejaron de mirar o interesarles los expedientes de Bonadío o las elucubraciones de tanto elenco periodístico. La experiencia vital le ganó al microcosmos de los sondeos de opinión y los laboratorios donde el gobierno creía que podía influir en la opinión pública. Y la desilusión de ver derrumbar ese castillo de naipes se extendió, echando la culpa al gobierno a los argentinos que no somos imparables, como insinúa su slogan de campaña, sino incurables. Resultadistas como Bilardo en lo económico y defensores de los derechos sociales que trajo el peronismo, con sus idas y vueltas. Valores sociales que parece que continúan predominando.

La República predicada por el oficialismo y vacía de contenido social no enamora al que la pasa mal. O peor, concita rechazo como abstracción y destrato del drama cotidiano. No otra cosa le dijo un prelado recientemente en su visita a Salta, llévese en sus ojos Presidente la cara de los pobres.

Treinta actos, treinta ciudades. Treinta por ciento de los votos, tal vez. Sólo una república para prometer de pretendidos buenos modales sin justicia social. Bien positivista, pero modificando el sentido de su lema. No es orden y progreso. Es orden y pobreza. Portarse bien y acostumbrarse a una vida de privaciones, les hicieron creer que podían vivir así, sin pagar lo que se debe por la luz, el gas y el transporte. Los argentinos soñados como alumnos tan aplicados como el gobierno se recrea frente al FMI, para que le tiren el salvavidas de plomo que le permita mantenerse a flote. Hasta diciembre, parece. Pasó el invierno, hay que pasar casi toda la primavera.

No mucho, sino todo por hacer para el nuevo gobierno que sea elegido. Cerrar los números con todos los argentinos adentro. Sin despedir a nadie. Un Presidente que le pegue un codazo al ministro de Economía, y al FMI para no pagar sobre el hambre y la sed de los argentinos. Para eso sí que hace falta coraje y una forma de audacia política que valga la pena. Eso sí, con un sentido opuesto a la de Avelluto. Un nuevo sentido que será preciso refundar. Cuando la política se vuelve audaz y filosa, se pone en marcha el mejor mecanismo democrático para intentar cambiar las cosas. Y tratando de incluir a todos.

Revista Marfil, 28/09/2019

Una historia circular: Kirchner, Macri y al final, Fernández

*¿Quién lee diez siglos en la Historia y no la cierra
al ver las mismas cosas siempre con distinta fecha?*

León Felipe

La idea de León Felipe es una tentación. La historia circular, los ciclos políticos, económicos, sociales parecen repetirse en una sucesión que varía en el tamaño temporal de sus transiciones, pero casi que conservan la esencia en la historia argentina. Populismo, república, peronismo, antiperonismo. Nacional, popular y neoliberalismo. O, visto con otros ojos, lo populista/autoritario y lo republicano/democrático. Una república, una democracia divorciada un poco de los derechos sociales, esos que en el país instauró el peronismo.

El peronismo quiso ser republicano, y hasta constitucional en la reforma del '49. Metió a los derechos sociales en el articulado, derechos del trabajador, de la ancianidad, el capital en función social. La reacción borró esos capítulos de un plumazo, pero como compensación dejó el artículo 14 bis. Como un agregado para no alterar siquiera la numeración del texto inmaculado de 1853, el de Las Bases de Juan Baustista Alberdi. Gobernar es poblar. Superar el desierto. Que el capitalismo se extienda en las llanuras yermas que tienen como único límite el horizonte.

Pero vino Perón casi un siglo después a decir que gobernar es crear trabajo, con los derechos sociales bajo el brazo. Y desde ahí, el problema eterno y recurrente de cómo conjugar libertad y justicia social. A mayor justicia social, mayores ansias de predominio, que no quede ningún ladrillo que no sea peronista. A mayor declamado republicanismismo, mayor libertad de morirse de hambre. Ciclos de las masas argentinas. Que se repliegan hacia lo conocido, como diría Rodolfo Walsh. Lo conocido es esa sustancia viscosa llamada peronismo. De derecha, de izquierda, neoliberal, progresista. Un gigante que muta dispuesto siempre a tomar la forma adecuada a los tiempos. Menem, Kirchner, Fernández. Frente para la Victoria, Frente de Todos.

Y ahora explorando una tercera vía, que no será ni Menem ni Kirchner. Algo nuevo. Con la pesada herencia de grandes niveles de endeudamiento y mayor pobreza que deja el Gobierno. Ni peronismo de Perón ni de Firmenich será. Una especie de peronismo de Domingo Mercante, ese gobernador de Buenos Aires al que no dejaron ser, por ser tal vez demasiado democrático, republicano, moderado. Mercante fue demasiado escrupuloso cuando el peronismo se llevaba todo por delante. Quiso ser precavido cuando el peronismo no conocía la derrota.

Hoy, Alberto Fernández muestra escrúpulos, y suma a otros, en un diálogo que quiere ser amplio, incluyendo a Sergio Massa y a otros descontentos en horas pasadas. Se fue del kirchnerismo raudamente en el 2009, con el conflicto con el campo. Nadie se preocupó en traerlo de nuevo al redil en 2011 con el 54% de los votos. Pero el peronismo pierde, y aprende. Hoy es la cara de la unión posible. Perón se tuvo que doblegar, y ser vicepresidente de Mercante. Cristina Kirchner sola no llegaba, parece. Bajar un poco la cabeza para ganar.

Porque Argentina se mira en el propio pasado casi siempre. Que da la sensación de que esto que nos pasa, ya lo vivieron otros. Algunos ven un paralelo entre Mauricio Macri y Raúl Alfonsín. Los hermanan las crisis: 1989, 2019. Treinta años pasaron, el dólar a las nubes. Cuando era chico, en esa década del '80, se cargaba entre los pibes a los rivales diciéndoles que su equipo iba a salir campeón "el día en que la vaca vuela, y que en la Argentina baje la inflación". La inflación hermana al almacenero de ramos generales de Chascomús y el tano que se hizo rico en sus empresas con ayuda de dictadores y demócratas. Pero son distintos, tal vez porque a Alfonsín se lo recuerda como padre de la democracia y con Macri la democracia

ya era una realidad asentada, y que pedía a gritos avanzar en la estabilidad, en el bienestar, romper la inercia del estancamiento. Parate de la economía que se hiciera evidente cuando se diluyó el precio exorbitante de los commodities y empezaron a molestar las cadenas nacionales de Cristina Kirchner a la clase media herida en su orgullo por el cepo cambiario.

La libertad era una conquista naturalizada y la prosperidad el objetivo a alcanzar ahí en el 2015. Y el desafío de gobernar sin el peronismo, sin ataduras ni cepos. Pobreza cero, créditos hipotecarios a la clase media, todo lo que no sucedió. Parece ser que, en Argentina, los gobiernos no peronistas están condenados a la crisis económica y el colapso social. La filosofía de la autoayuda y la autoexigencia dejaron a muchos argentinos desamparados, abandonados a sus propias fuerzas.

Tan circular parece Argentina, que probablemente una de las mejores descripciones del actual Gobierno la escribió Rodolfo Puigróss, el intelectual que militara en la Tendencia Revolucionaria del peronismo, en su obra Historia crítica de los partidos políticos argentinos, un libro publicado por primera vez en 1956. El intelectual de la izquierda peronista no conoció a Macri y los CEO's que lo acompañaron, de los que contó, sin embargo, en una introducción al libro (en la reedición de 1965), que “exhiben como títulos habilitantes para gobernar a sus conciudadanos sus trayectorias de financistas, comisionistas, especuladores, agentes de consorcios, abogados de empresas; pero al proyectar sus exitosas experiencias personales a las funciones del Estado actúan al servicio de los poderes económico-financieros a los que deben sus fortunas o sus carreras”. Quedó claro que las credenciales naufragaron, está en debate si dolosamente o por incapacidad política y de gestión económica.

La derrota electoral vino a reventar la burbuja de la realidad paralela. Hace poco, Rogelio Frigerio, el más político del Gabinete tal vez, daba cuenta de esto diciendo que, previo a las PASO, ellos notaban el malestar de la gente, pero veían las encuestas y sonreían. El voto tal vez exteriorizó la decepción por la coyuntura irrespirable e invivible, quedando muy lejos del sentir de la gente los declamados anhelos republicanos. El Gobierno se debatió en esta falta de realismo, y un slogan de que los argentinos somos imparables, rumbo a chocar contra la pared de la frustración. Una casta de funcionarios que se embarró poco en los problemas de la gente, como describiera curiosamente también Puigróss, “carentes de realismo social y de sentido práctico en el enfoque de los problemas populares (la vida para ellos es un negocio), cubren con el desprecio de la teoría su total ignorancia de la ciencia política”. Falta de realismo social. Los mandamos a subir el Aconcagua, reconocimiento tardío. Y medidas compensatorias hechas a los apurones en los días posteriores: Ganancias, IVA, \$2.000 por acá, \$5.000 por allá. Falta de sentido práctico. El menos común de los sentidos.

Campaña polarizada. Cristina y Macri para terminar (de no mediar un imponderable batacazo) en Fernández. Y el intento de unir los extremos para diluir la grieta dibujando un nuevo círculo que intente incluir a todos. Tamaño desafío, que no será sencillo. Tiempos de diálogo, de negociación, de conflicto y puja distributiva o más bien de reparto de los costos de la crisis. De inclusión, esa palabra que vuelve a aparecer. De idas y vueltas, en un país que sigue girando en busca de encontrar un mejor destino.

El Estadista, 02/10/2019

Las personas y las cosas. Análisis del debate de los candidatos a Jefe de Gobierno

Debate se titula el evento, pero no tiene el elemento más interesante de una comunicación, el ida y vuelta, el intercambio. Un modo rígido y acordado en que las exposiciones de cada candidato a Jefe de Gobierno parecen líneas paralelas que tal vez se toquen en algún punto, allá en el infinito. El reglamento acordado asegura la equidad del tiempo disponible, pero el debate pierde sustancia. En este caso, lo justo quita lo valiente. Y sin valentía, se pierde el picante, se elevó solo en breves momentos la temperatura. Un breve pico de fiebre por algo parecido a una discusión entre Horacio Rodríguez Larreta y Matías Lammens, que no rebalsó lo acordado. Todos se atuvieron al reglamento.

La figura de los moderadores es casi la de simples cronometristas y elogiadores del evento que ahí tiene lugar y de la democracia. Cuando todo es el formato y la organización, lo mismo da que lo hubieran moderado Lanata, Majul o Navarro y Víctor Hugo Morales. Usted lector pudo haber jugado ese papel, y quien esto escribe también. La organización rígida no permite rasgo alguno de individualidad creativa ni de rebeldía.

Exposiciones paralelas sobre temas en común pero que casi no encuentran puntos de contacto, la única interacción son las preguntas en diagonal que un candidato le realiza a otro, por sorteo. En un evento tan acartonado, en que cada cual se cuida de no pisar el palito del furcio o el exabrupto, la indagación del otro es el evento más interesante, en tanto no está rígidamente planificada la respuesta. La pregunta, también, oficiaba como modo de exponer alguna propuesta del candidato que la formulaba, como se observó en especial en Gabriel Solano, del Frente de Izquierda y los Trabajadores. A continuación, realizaré una valoración subjetiva y por demás discutible del mensaje de cada uno.

Horacio Rodríguez Larreta demostró conocer la Ciudad de Buenos Aires palmo a palmo.

Obviamente, una cosa es saber de la realidad y otra el qué hacemos con ella. Aparecieron en sus propuestas las políticas de securitización extrema, una cámara de seguridad en cada esquina. A la hora de plantear medidas sociales inclusivas, de impulso del trabajo se circunscribió al pacto fiscal al que adhiriera la Ciudad en 2017. Cuando le preguntaron por las personas, contestó con las cosas. Parece haber plata para obras de infraestructura, parques acá y allá, el Metrobús. Pero si le piden por la situación de los trabajadores precarizados, contesta aludiendo al pacto fiscal que impide incorporar trabajadores en la planta permanente del Estado, excepto en rubros como educación para cubrir de dotación docente a los edificios escolares nuevos. Planteó la extensión del programa Escuelas del Futuro, que generó reacciones en el estudiantado. El candidato casi que se sintió local, con las de ganar y mostró dominio en los temas tratados. Adoptó una posición no confrontativa, aceptando la existencia de problemas urbanos que esperan solución pero matizándolos con otros logros en infraestructura. Prácticamente no mencionó la actual crisis económica y mucho menos a los sectores vulnerables que las padecen, manejándose casi como jefe de municipio sin mayor injerencia en ese tema. Para Larreta, casi que no es problema de él que llegues o no a fin de mes, su preocupación pasa por hacer túneles, pasos a nivel para que los autos circulen y parquizar bonitamente la ciudad. La sensación es que se preocupa más por las veredas que por los que transitan por ellas.

Matías Lammens aportó una visión de la movilidad social referenciada en su propia familia y el deseo de querer ayudar a las Pymes a las que se dejó solas y son las principales creadoras de trabajo. Expresó también la necesidad de ayudar a la clase media en el acceso a la vivienda. Reconoce las obras de infraestructura visibles en la Ciudad pero propone otras prioridades. Citó cifras del presupuesto en reparación de veredas mayores a los de infraestructura escolar. En una de las preguntas que le hiciera al Jefe de Gobierno, indagó cuánto invertiría en Educación en el próximo presupuesto. Noventa mil millones de pesos, contestó Horacio Rodríguez Larreta. Pregunta de números que se disolvió porque, en este tipo

de eventos, probablemente ninguno de los observadores del debate se ocupe de chequear la proporción en el total del presupuesto que la cifra enunciada representa. Y mucho menos hacer el correlato con la devaluación y el incremento de los precios de las cosas. Doña Rosa no observa el debate con ninguna calculadora en la mano. El candidato del Frente de Todos pareció manejarse con mayor soltura cuando fue indagado, apelando con buenos reflejos a frases de sentido común y razonamientos plausibles. Curiosamente, cuando improvisó pareció afianzar mejor el discurso que cuando fue el emisor solitario del mensaje, perdiendo espontaneidad e incluso bajando la vista al machete en algunos instantes. Su intervención fue correcta, estuvo a la altura de las circunstancias pero no generó en principio un acontecimiento, en el sentido de producir un hecho significativo que le permita soñar con superar al favorito, el actual Jefe de Gobierno. Le faltó tal vez el punch que sí tiene la cumbia viralizada en las redes sociales que apoya su candidatura.

Matías Tombolini se mostró sólido y tranquilo. Una exposición seria del profesor de la Universidad de Buenos Aires. En su prédica, tomaron relevancia aspectos poco mencionados o prácticamente desconocidos de lo microsocioal. Aportó a la formación de una Justicia Vecinal, mencionó la situación preocupante de los clubes de barrio, grandes integradores sociales agobiados por las tarifas. Esbozó una crítica de la actual situación económica al amparo de ser el candidato del espacio político de Lavagna, al que definió como el ministro de Economía más exitoso de los últimos cuarenta años. Se dio el lujo de esquivar la pregunta de Gabriel Solano acerca de los aportes del Estado a la enseñanza privada y de coincidir parcialmente con el legislador del Frente de Izquierda en cuanto al problema de la basura. Mencionó el problema ambiental que ocasionan los residuos, en particular en un barrio periférico y por pocos tenido en cuenta de la Ciudad, Villa Soldati. Su exposición fue amena, equidistante de los otros candidatos, cordial en el intercambio. Si Larreta habló más de las cosas que de las personas, Gabriel Solano se caracterizó por ser su antítesis. Defendió en su discurso la situación de los trabajadores, los más perjudicados por la crisis económica, criticando el deterioro de sus salarios y a los sindicatos cómplices o acuerdistas (CGT). Nombró la situación reciente de las enfermeras, trabajadoras de la salud de encomiable labor apartadas injustamente de la carrera médica. Puso también en el debate la situación de los trabajadores precarizados del Estado, como los agentes de tránsito porteños. Criticó el deseo de Horacio Rodríguez Larreta de incrementar la presencia de cámaras de vigilancia en la Ciudad recuperando la imagen de Orwell y el Gran Hermano. También denunció el poder agresivo de las pistolas Taser, amparándose en lo afirmado por la ONU. Un socialista a lo Alfredo Palacios, que puso también sobre el tapete a los grandes explotados del capitalismo de inicios del siglo XX. No lo eligen tal vez en mayor magnitud los trabajadores porque no cuenta con posibilidades tangibles de vencer al actual oficialismo.

Y esto nos pone en contacto con un tema clave en la campaña. Hubo cuatro candidatos en el debate, pero existe eso que se llama polarización. Los votos tendiendo a aglutinarse para vencer y elegir entre dos opciones y no necesariamente por las propuestas. El voto castigo. El voto salvación. También, por supuesto, el voto convencido. Frente de Todos y Juntos por el Cambio. Alfredo Grande, psicoanalista y escritor, trajo en algunos de sus escritos la idea de que la diferencia entre el macrismo y el kirchnerismo es que el último deja caer algunas migajas de la mesa, pero con el banquete nadie se mete. Con el capitalismo nadie se mete. No es izquierda y derecha. Una especie de centro izquierda y progresismo más permeable a las inquietudes sociales versus la derecha de las obras de infraestructura, el Metrobús y el Paseo del Bajo. Los trabajadores, la clase media y las cosas. Las personas y las cosas. Dentro de poco, los porteños decidirán qué priorizan, nada más. Y nada menos.

Revista Marfil, 12/10/2019

Terminó el primer tiempo

A mi queridísima vieja,
que hubiera comentado conmigo este debate.

Y tuvo lugar eso que se llama debate presidencial. Seis candidatos, uno será presidente. La dinámica fue todavía más rígida que en el debate de los candidatos a jefe de Gobierno. En aquel encuentro de la semana pasada, al menos las preguntas en diagonal provocaban un tipo de interacción y posibilidad de interpelación al otro. En este caso, los cuestionamientos a los otros participantes se tiraron al aire y el otro sólo los respondía si le daba en gana o se sentía explícitamente aludido.

Seis líneas paralelas, discursos de campaña que, al no haber posibilidad de intercambio, elevaron muy poco la temperatura. Se responde si se quiere, se le da entidad al otro o se lo cuestiona si así lo determina la estrategia del dueño de la palabra. Una dinámica tediosa. El debate no tuvo casi picante, aunque se hayan pronunciado frases polémicas. Pero la sensación que queda es de vacío casi de propuestas y que fue un evento de baja intensidad política. Hizo acordar a esos partidos de fútbol en que el relator de radio pone un énfasis desproporcionado, que cuando vez el partido aburridísimo en la cancha te hacen preguntar de qué está hablando este hombre. Esa impresión dieron los comentaristas y moderadores del debate, decían “se pone interesante”, “picante”, y la pelota estaba en la mitad de la cancha.

A continuación, impresiones breves y totalmente subjetivas sobre el desempeño de cada uno.

Mauricio Macri planteó la idea de abrirse al mundo y seguir la línea de los países hegemónicos occidentales, “organizamos el G20”, “Venezuela es una dictadura”. Casi una explícita sumisión, en su discurso de política exterior no pronunció la palabra Malvinas. Someterse atraerá inversiones, pareciera ser el razonamiento. Luego habló de la libertad poniendo eje en la diversidad de pensamientos y enunciando una tolerancia que tropezó casi al final, cuando habló de la narcocapacitación que llevaría adelante Axel Kicillof. Económicamente, la idea de que la clase media hizo un desmesurado esfuerzo que sentó bases de un futuro crecimiento. No fue inútil el sacrificio, llegaría el tiempo de la cosecha. La alusión a que se pusieron los cimientos para empezar a crecer. Crecer duele, vaya que duele. Una idea casi religiosa. El purgatorio y la vida eterna. El presente de sacrificios y el futuro mejor que nunca llega.

Alberto Fernández arrancó diciendo que Macri mintió en el debate de cuatro años antes. Y que el que dijo la verdad, Scioli, estaba acompañándolo en primera fila. Contestó sobre Venezuela diciendo que tiene problemas, pero que deberán resolver los propios venezolanos apostando a la doctrina de no intervención, que fue medular en una parte significativa de la historia argentina. Habló del aborto, tema que esquivaron Macri, Espert y Lavagna, diciendo que había que propender a la legalización para terminar con la hipocresía. Respecto a las finanzas, criticó fuertemente al gobierno actual que disminuyó el consumo, lo que retrajo la producción elevándose la desocupación y la pobreza. “Tus amigos fugaron los dólares”, señaló a Macri. Prometió aportar a otra lógica poniendo plata en el bolsillo de la gente procurando reavivar la economía. Realizó también el llamado al acuerdo social, sentando a los actores económicos principales en una mesa, empresarios, trabajadores, Estado. Se definió como un heterodoxo, funcional a la estrategia frentista del peronismo en esta elección. Jugador polifuncional, puede pegarle de derecha, de zurda o cabecear de acuerdo a las circunstancias.

Nicolás del Caño comenzó haciendo un recorrido histórico de los años democráticos. La hiperinflación de Alfonsín, el neoliberalismo de Menem, el desastre de De La Rúa. Del kirchnerismo no dijo nada y saltó a la situación preocupante actual con duras críticas al gobierno. En política exterior, adhirió el principio de no intervención respecto a la situación de Venezuela y puso sobre el tapete la situación económica y social crítica que se vive en Ecuador. Defendió el derecho al aborto haciendo un encendido alegato referido a este tema y a la violencia de género contra la que actúa el colectivo feminista “Ni una menos”, terminando su discurso mostrando en el puño el pañuelo verde. A Alberto Fernández le criticó la postura de tener como aliados a gobernadores conservadores respecto al derecho al aborto como Ángel Manzur. Si llegó con los buenos, llegó con muy pocos le hubiera contestado Perón, pero claro no estaba en el debate de ayer. De la economía se explayó en la idea de la nacionalización de todos los sectores estratégicos y con gestión obrera. Centró sus críticas en las políticas de endeudamiento y el ajuste del gobierno actual. Y del candidato del Frente de Todos criticó sus devaneos con distintos sectores a los que calificó de cómplices del actual gobierno por haber colaborado al aprobarle leyes.

Roberto Lavagna habló de la necesidad de encontrar un punto de equilibrio en política exterior, ni abrirse totalmente al mundo ni tampoco cerrarse sobre sí mismo el país. Una política inteligente, planteó ideas sensatas intentando transitar esa cada vez más angosta avenida del medio. Del derecho al aborto no dijo ni mu. Planteó que el derecho humano fundamental que se estaba violando en la actualidad era el de tener un plato de comida en la mesa. Hizo acordar, en este sentido, a Hilda González de Duhalde cuando hablaba de la situación de calle de familias que pernoctaban cerca del propio Congreso en el contexto de la aprobación de la ley de matrimonio igualitario. En economía se explayó en la idea de que llevamos ocho años sin crecimiento del producto bruto interno, pero se cuidó de aclarar que en la gestión de Cambiemos incluso la economía retrocedió. Del estancamiento al retroceso, pone como experiencia irrefutable la de haber colaborado con la salida de la crisis del 2001. Que cada uno ponga lo que hay que poner, llamó a afrontarla colectivamente.

Juan José Gómez Centurión fue el que peor se adaptó a los tiempos. Los cortes lo tomaron varias veces en pleno desarrollo de sus ideas. Lavagna también tuvo problemas, pero alcanzaba a meter un par de palabras para concluir la idea fuera de reloj. Puso sobre el tapete haber participado de la guerra de Malvinas, apuntando al discurso soberano que también le reconoció Alberto Fernández. Se explayó como defensor acérrimo del derecho del niño por nacer, criticando duramente el aborto y aportando descripciones retrógradas e incluso estafalarias. Reconoció la crisis económica y el retroceso del salario. Acusó de mentir a los otros candidatos, en enumeraciones que incluso quedaron a mitad de camino por agotarse el tiempo. Repetitivo y previsible repertorio de una derecha más propia de la segunda mitad del siglo XX.

Se nota a todas luces que José Luis Espert tiene más nivel profesional o académico que Gómez Centurión. Propone una especie de liberalismo absoluto, conceptuando al Estado como una inmensa carga que soportan los contribuyentes. Respecto del aborto, no emitió opinión. Apuesta a encarnar una derecha moderna donde la visión económica liberal es central y prescindente de los derechos sociales. El costo laboral es demasiado caro. Curiosamente, nombró la situación de los trabajadores no registrados, pero considerándolos la resultante lógica del elevado costo de la mano de obra. Los trabajadores en negro no tienen derechos porque emplear a alguien en blanco es demasiado caro. Criticó a Moyano y al sindicalismo por “el curro de la justicia social”. Dijo también que los docentes gozaban de demasiadas licencias y criticó la posibilidad de que los maestros dispongan de medidas de fuerza (paros) afectando el derecho a la educación. Menos impuestos, menos Estado, criticó a Alberto Fernández por proponer un Ministerio de Diversidad y Género.

Hasta ahí, el resumen aleatorio y discrecional de las ideas de los protagonistas. Ideas y chicanas que circulan por las redes sociales. El dedito acusador de Alberto Fernández, el

improperio de Macri acerca de la narcocapacitación de Kicillof. En el debate de los presidenciables, se aludió en algunos momentos a los gobernadores. Cuando no hay posibilidad de intercambiar, lo más sobresaliente es lo que se alude del otro. De propuestas, poco. Un sistema de rotación de la palabra horrendo. El medio minuto otorgado en el cierre de los temas pareció más apto para la chicana que para cerrar una idea. El debate fue muy poco más que las orientaciones generales de las políticas de los candidatos y chicanas. Un juego de hacerle pisar el palito al rival, si se digna a responder. Un juego de sordos también.

El debate fue para el simple espectador casi como ir al restaurante de siempre del barrio y pedir la carta. El comensal curiosear un poco por distintas opciones y luego llama al mozo y le pregunta: ¿Cuál es el menú del día? El mozo contesta: tiene estas dos opciones.

Seis candidatos, dos opciones con posibilidades de triunfar. Frente de Todos y Juntos por el Cambio. Terminó el primer tiempo del debate. Ojalá el segundo tiempo sea más interesante.

Revista Marfil, 15/10/2019

La otra cara del concepto de resiliencia

De un tiempo a esta parte, se utiliza en trabajo social y en otras ciencias sociales el concepto de resiliencia con bastante amplitud y aceptación. Liliana Calvo (2005) describe y explica el origen del término:

"Werner, una estudiosa de la epidemiología social, observó durante alrededor de treinta años cómo se desarrollaba la vida de una Comunidad en Hawái, donde muchos de los integrantes sufrían diversas situaciones de riesgo.

El sujeto no es el simple producto o consecuencia de lo que lo rodea, puede lograr superarse y sobreponerse a situaciones difíciles.

Así descubrió que algunos de los niños o jóvenes, que padecían experiencias de violencia, alcoholismos, vínculos rotos, abusos, etc., podían sobreponerse y desarrollarse como individuos con posibilidad de crecer favorablemente y ser personas positivas para su comunidad y otros en cambio no lo lograban" (1).

Entonces, el concepto de resiliencia se asocia a la posibilidad que existe de superar e incluso salir fortalecido de situaciones de adversidad. El concepto tiene un importante aspecto positivo que es rescatar al sujeto. El sujeto no es el simple producto o consecuencia de lo que lo rodea, puede lograr superarse y sobreponerse a situaciones difíciles. Esto es importante en nuestra intervención de trabajadores sociales: apostar siempre a las posibilidades de las personas que atendemos es vital si queremos intervenir con la intención de, al menos, intentar generar recursos o alternativas. En este sentido, el concepto de resiliencia es casi heideggeriano, en cuanto a que el hombre es un ser arrojado al mundo y puede proyectarse a sus posibilidades (2), lejos de la previsibilidad de una cosa juzgada e inmóvil.

Pero hay otro aspecto del concepto que a veces no se alcanza a vislumbrar y considero necesario analizar. Ejemplificando, podemos tener la situación de dos hermanos sometidos al trabajo infantil u a otras situaciones adversas (violencia, alcoholismo, vínculos rotos, abusos, retomando la cita anterior) desde edades muy tempranas. Uno, encarnando el concepto de resiliencia, logra sobreponerse, consigue trabajo, construye una familia y puede desarrollar sus posibilidades. Su hermano, en cambio, cae preso de la droga o la delincuencia.

En nuestra sociedad argentina las desigualdades determinan que unos sectores se vean obligados a utilizar sus conductas resilientes mucho más que otros, a los que las crisis no afectan de la misma forma, por contar con recursos.

Desde el marco del concepto de resiliencia, sería atinado preguntarse:

¿Qué pasó en este último caso? ¿Por qué no pudo superar la adversidad?

¿Por qué, si su hermano pudo sobreponerse, él no?

El resultado puede ser cargar la culpa sobre el individuo sin reparar en el problema social de la pobreza, en esa sociedad macabra y expulsiva que les negó posibilidades desde muy chiquitos.

Creo que, ante distintos problemas sociales, cada individuo reacciona como puede: se sobrepone, se deprime, se vuelve violento o se supera. De millones de personas que se quedan sin trabajo por las habituales crisis del capitalismo fruto de la timba financiera desenfrenada, algunos quizás vuelven a conseguirlo, se sobreponen de múltiples formas; otros no, se enferman o salen a robar, o consiguen a alguien que los sostenga.

Además, es notable en nuestra sociedad argentina que las desigualdades determinan que unos sectores se vean obligados a utilizar sus conductas resilientes mucho más que otros, a los que las crisis (por caso, la del 2001 y la actual) no afectan de la misma forma, por contar con recursos o poder para evitarlas o incluso beneficiarse con ellas. En el caso de los sectores más

desfavorecidos, muchas veces la única esperanza de transitar dichos períodos con cierto éxito recae en las políticas públicas eventualmente encaradas por el Estado. Pero no es lo más común, sobre todo luego de la instalación de un modelo de Estado neoliberal hacia la década del 90 en nuestro país y el resurgir de este tipo de políticas en 2015.

En una sociedad mucho más justa en la distribución de la riqueza, la resiliencia no sería sino una excepción o se circunscribiría al ámbito privado o familiar de las personas.

Ricardo Petrella (1997) consignó que, en un contexto de mundialización de las finanzas, los Estados neoliberales apuntaron a la desreglamentación y liberalización de los mercados, que pasaron a regir la vida económica de las naciones. También se produjeron la privatización de numerosas empresas y ámbitos donde intervenía anteriormente el Estado. Los efectos, apuntó el mismo autor, fueron devastadores: la mutilación de la ciudadanía y la reducción de la riqueza y los espacios públicos. Esto originó una explosión de las desigualdades y de la exclusión social. No es difícil reconocer en estas palabras el espejo de la Argentina de los 90, cuya crisis económica y social eclosionó en el 2001. Algunos pudieron sobrevivir y emplear sus recursos resilientes para superar la crisis devastadora del mencionado año, aunque lo hicieron a costa de ser más pobres: 57,8% de pobreza son las cifras del INDEC de octubre del 2002 (3).

Aún cuando se había insinuado un cambio en el modelo estatal luego de la convertibilidad, recuperando posibilidades de gestión y soberanía y desarrollando algunas políticas de ingreso ciudadano y protección social (la Asignación Universal por Hijo, quizás la más representativa), es indudable que el camino a recorrer para lograr un país equitativo es muy largo aún, más teniendo en cuenta la actual situación económica que sumerge a no pocos argentinos en una situación de extrema vulnerabilidad social.

No necesita demostrarse que, en una sociedad mucho más justa en la distribución de la riqueza, la resiliencia no sería sino una excepción o se circunscribiría al ámbito privado o familiar de las personas y sus eventuales momentos difíciles y particulares. No es casual que la investigadora que acuñara el concepto, investigara en Hawái y no en una sociedad que tuviera vigentes las políticas sociales protectoras características del Estado de Bienestar (4). En una sociedad con más oportunidades para todos, carecería de sentido investigar sobre la resiliencia.

Vulnerables pero invencibles es el título del trabajo de Werner sobre resiliencia, publicado en 1982. Lo que vemos, en realidad, es muchas veces a sectores poblacionales que son vulnerables, pero lejos de ser invencibles, son muchas veces invisibles, en una sociedad que solo se percata cuando los no resilientes se manifiestan de forma violenta y dando pábulo a la sensación de inseguridad, enrostrando la hipocresía de un sistema que los condenó a la exclusión desde edades muy tempranas.

Entonces, se vuelve necesario fomentar que desde las políticas públicas se intente dar acogida a todos, previniendo y evitando los riesgos que tienen para las personas el estrellarse contra el muro de la exclusión. No se puede tolerar ser testigos complacientes de este hecho macabro, sólo para constatar la posibilidad de superarse de los pobres y excluidos. No es viable ni ética una sociedad promotora de la resiliencia sino del bien común. Ojalá esta posibilidad de superar la adversidad sea una excepción y no la regla de un sistema social que abandone a tantas personas a sus propias fuerzas.

Notas

(1) Calvo, Liliana (2005). Resiliencia, autoestima y promoción social, en revista Margen n° 38, de Trabajo Social y Ciencias Sociales. Recuperado en febrero de 2014 en <http://www.margen.org/suscri/margen38/resil.html>

(2) Heidegger, Martin (1927). Ser y tiempo. Edición electrónica de Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. Recuperado el 24 de febrero de 2014 en http://www.magonzalezvalerio.com/textos/ser_y_tiempo.pdf

(3) INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos). Información citada en nota periodística diario Clarín del 01/02/2003: “El nivel de pobreza es cada vez más alto: 57,8 % de la población”. Recuperado el 25 de febrero de 2014 en <http://edant.clarin.com/diario/2003/02/01/e-00401.htm>

(4) Este tipo de Estado garantizaba “...*el pleno empleo; un salario decente para todos los trabajadores; seguridad social para todos, sin discriminaciones ni exclusiones sociales; protección contra los riesgos de la vida; derecho a unos ingresos mínimos de subsistencia; igualdad de oportunidades de acceso a la educación, la salud y la información; la concertación social como procedimiento para solucionar los conflictos sociales; redistribución de la riqueza en beneficio del interés general gracias, entre otras cosas, a una fiscalidad progresiva; instauración de un sistema público de suministro generalizado de bienes y servicios básicos como parte de la riqueza común...*” (Petrella, Riccardo. (1997) El bien común. Elogio de la solidaridad. Ed. Temas de debate. Madrid).

Revista Topía, octubre 2019

El día después de la grieta

El dólar sube luego del segundo debate presidencial. Pero el debate volvió a mostrar un formato más bien aburrido, afín a la mediocridad y sin el condimento de un partido de ida y vuelta. Cada uno habla de lo suyo, y a los suyos sobre todo. El debate enaltece la profesión de fe de los propios. El mensaje corporiza el en vos confío del spot de Roberto Lavagna. En vos confío, cada candidato a su gente. Y nosotros confiamos en ellos. O en nadie.

Seis personalidades, seis figuras que corporizan de alguna forma la variedad política de la Argentina. Dos candidatos del centro hacia la izquierda. Cuatro candidatos, del centro a la derecha, y más allá. Perfectamente, se podría acudir a la analogía de seis parroquianos en torno de una mesa de un bar cualquiera. El peronista, el radical, el zurdo. El que dice que con los milicos vivíamos mejor y el derechista que pregonaba que no se puede gastar más que lo que se puede, así dejemos de comer. Y otro hombre moderado, que busca mediar y termina no convenciendo a nadie.

Nicolás del Caño fue tal vez el más punzante, una especie de esgrimista que atacó fuertemente el gobierno de Macri y le enrostró sus modos poco republicanos. Represión a las marchas contra la reforma previsional y un acuerdo con el FMI no aprobado por el Congreso. Criticó también a la justicia barrilete del país, proponiendo elección directa de magistrados y juicios por jurados. También criticó a la burocracia sindical. A los candidatos de derecha prácticamente los ignoró, pertenecientes a perfiles más bien retrógrados en la figura de Gómez Centurión o de un liberalismo extremo que se viste de nuevo o innovador con dificultad, en la figura de José Luis Espert. Con Lavagna, nadie se metió prácticamente ni en el anterior debate ni en éste. No recibió ni emitió ninguna chicana el ex ministro de Economía. A Alberto Fernández, Nicolás Del Caño le criticó más bien su perfil frentista de aliarse con Sergio Massa, criticando algunas de sus declaraciones.

Gómez Centurión fue el que peor se adaptó a los tiempos, fue evidente y hasta volvió a repetir su mal manejo del mismo incluso teniendo encima la experiencia del anterior debate. En un segmento de dos minutos le sobró casi un minuto de tiempo. Y en los de treinta segundos, le faltó casi siempre. Rodea de excesivos preámbulos solemnes sus argumentaciones de nacionalismo económico y posturas represivas en materia de derechos humanos y seguridad.

Algo parecido le pasó a Roberto Lavagna, el candidato de Consenso Federal respecto a los tiempos. En cada temática, una introducción demasiado larga antes de ir al grano. Fue el fiel representante del manual de corrección política, expresó críticas sin agresiones. Demasiado correcto, serio, académico, muestra indudable capacidad en la lectura de los diferentes temas y buscando poner paños fríos en momentos en que la Argentina arde en una situación económica y política en ebullición, a una semana de las elecciones generales. Demasiado centrado en el país de la polarización, dejó algunas definiciones interesantes como plantear que los distintos conurbanos son la antítesis del federalismo. No propuso el traslado de la capital a Viedma, sino el desarrollo federal del país con estímulos económicos para las provincias. Gobernar es poblar las provincias, casi el lema alberdiano. Desconcentrar los conurbanos, carentes de infraestructura y en condiciones de sanidad preocupantes.

Casi que sorprendió a este cronista José Luis Espert cuando habló de la superpoblación y hacinamiento en las cárceles. Volvió a su cauce cuando planteó construir más cárceles y más tribunales y más presos terminando con las puertas giratorias, crítica tradicional de las posturas punitivistas. Asombrosamente, casi que coincidió con planteos clásicos de la izquierda en defender la democracia sindical, procurando evitar que se eternicen en sus cargos los dirigentes enriquecidos. Sus ataques al sindicalismo encubren por supuesto el cuestionamiento de derechos del trabajador muy arraigados: propuso reemplazar la indemnización por despido por un subsidio a los desocupados. Planteó terminar con la

coparticipación, y que las provincias gastaran lo que pudieran recaudar, a excepción de los rubros salud y educación.

La coparticipación debe automatizarse, planteó el presidente Mauricio Macri, exponiendo la necesidad de que esos montos para las distintas provincias no sean otorgados discrecionalmente por la voluntad política del gobierno de turno. Habló de un nosotros y un ellos, ahondando en la figura de la grieta y señalando a Alberto Fernández como principal contrincante. El nosotros de Macri se dibuja en el escudo de la libertad y la república, contra los otros, los que la avasallan, los que no consideran a Venezuela una dictadura. Un intento de llevar la discusión a los valores morales porque de los valores económicos la crisis no le deja a qué referirse. Kilómetros recorridos junto a gobernadores en señal de federalismo.

Admite el Presidente la crisis, y apuesta a un registro improbable como los brotes verdes y el crecimiento invisible: creamos un millón de puestos de trabajo informales. Pero curiosamente la informalidad no fue muy bien tratada durante su gestión, si pasamos revista al trato que recibieron los manteros; trapitos y otros changarines que encarnan la informalidad de una forma u otra. No logró, al parecer de este cronista, constituir un acontecimiento significativo con sus intervenciones que le permitiera remontar la desventaja electoral que se cristalizara en los resultados de las PASO. Siganme los demócratas, los republicanos. Siganme los buenos, casi emulando al Chapulín Colorado. Apelando a los suyos o a que se conmuevan algunos sectores víctimas del modelo económico por los valores abstractos de la democracia y la república. Macri casi que se quedó encorsetado en su tercio del electorado, ubicado de un lado de la grieta donde da la sensación de que no hay la gente suficiente como para ganar.

Tantas veces me mataron, tantas veces me morí, sin embargo estoy aquí resucitando, recitó en el cierre a María Elena Walsh Alberto Fernández. Contestó a los cuestionamientos sobre la corrupción kirchnerista diciendo que podía dar clases de decencia y contando con la ventaja indudable de haber dejado la gestión en el 2009. Un Presidente con veinticuatro gobernadores, su concepción del federalismo, sin explicar cómo se hace pero trayendo una sensación de cofradía y equipo. La informalidad invisible que creó el macrismo la comparó con un joven monotributista repartiendo pizza en bicicleta, una imagen vívida cotidiana.

Se apuesta a identificar con los tiempos inaugurales del kirchnerismo, cuando se pudo de alguna manera reconstruir la situación ruínosa herencia de la crisis devastadora del 2001. Se busca asemejar 2001 y 2019. Crisis social y emergencia alimentaria.

Lo más significativo tal vez, fue que apostó en su discurso de cierre a terminar con la grieta y poder juntar de alguna forma a todos. Volviendo a la anterior idea, siganme los buenos y también los malos, o los más o menos. O mejor, la idea de que no hay buenos o malos, héroes y villanos. Apostar a una convocatoria o concertación plural, pacto social o como quiera llamarse. Pareció casi un Presidente, pensando nada menos que el día después de la grieta.

Revista Zoom, 22/10/2019

Agridulce. El gusto de los que ganaron y perdieron por poco

La sensación (no siempre confesada) para las dos principales fuerzas políticas que se enfrentaron es agridulce. Para los que perdieron por poco, porque la evidente remontada no fue suficiente. Para los que ganaron por menos de lo esperado, por la certeza de que el techo estaba demasiado cerca del resultado obtenido en las PASO. Victoria, pero no cheque en blanco ni hegemonía. Ganó, pero no goleó ni gustó. Congreso dividido, equiparado en fuerzas, lo que exigirá sin dudas negociación y muñeca política.

Fue evidente que la unión hizo la fuerza en el Frente de Todos. La jugada maestra de bajar la cabeza e integrar el segundo término de la fórmula de Cristina Fernández de Kirchner resultó vital para sumar aliados, Sergio Massa el más significativo. El techo estaba demasiado cerca de lo esperado, o el resultado electoral anunciado como victoria cambió la estrategia disminuyendo tal vez el caudal de votos. La mayor exposición de Cristina, y la baja en la estela de moderador o político transversal de Alberto Fernández que tuviera lugar en el último tramo de la campaña.

Y en el centro del país, se nos dibujó la grieta otra vez. Mendoza, San Luis, Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos, Ciudad de Buenos Aires acrecentaron su caudal de votos para sostener a Mauricio Macri. Algunos analistas dicen que la enunciada “reforma agraria” de Grabois no ayudó. Esa franja del país incluye provincias que puede llegar a gobernarlas algún tipo de peronismo (Shiaretti, Perotti) pero de buenos modales y más bien conservador. Un peronismo que se esfuerza en parecer republicano. Provincias que son la Santa Cruz de la Sierra de Evo Morales, inmunes casi al peronismo más plebeyo e irreverente. El mismo que volvió a golear en el conurbano bonaerense.

El gobierno encaró una campaña luego de las PASO más ambiciosa, que apostó a la movilización y congregar treinta marchas en distintos puntos del país. Y logró crecer a contramano de lo anticipado por las encuestas, no le alcanzó para reelegir gobierno pero sí para constituir una oposición significativa a lo que vendrá. La Argentina aparece como un país paradójico donde la economía no crece o incluso retrocede durante cuatro años, y los votos pueden incrementarse en dos meses. Un voto reacción, o de rechazo al peronismo que se agrupó como en un balotaje, dejando desgranadas a las terceras opciones. La gente siguió el razonamiento de que se jugaba el partido “de endeveras”, que enunciara Brandoni en la convocatoria a la marcha de agosto pasado. Incluso varios de los que no habían participado de las PASO, concurren a intentar que el gobierno se revalidara o llegara a la segunda vuelta. Polarización al palo.

Pero los goles no se merecen, se hacen. En definitiva, el 10 de diciembre se calzará la banda presidencial Alberto Fernández. Sostenido por una alianza que fue mayoritaria pero también resistido o no acompañado por un sector significativo de la ciudadanía. Escuchar, estar atento al rumor social, al malestar ciudadano y a sus demandas será clave. El electorado ha demostrado una autonomía que vuelve a la política un arte de encontrar formas intermedias y dialoguistas para intentar eso que quiso Néstor Kirchner en el 2003, una concertación plural.

Tiempos difíciles, con la soga de la crisis económica al cuello que es preciso superar. Prender las máquinas cubiertas de nylon, comenzar a accionar de alguna forma las poleas del crecimiento, ayudar a las Pymes. Crecimiento y trabajo. Porque el pueblo mira resultados y pocos se ponen a analizar cuándo comenzó la crisis o qué fue primero, si el huevo o la gallina. Juan Domingo Perón tampoco triunfó por mucho en las primeras elecciones, las de 1946: 52 a 42. O sea, el triunfo, aún con un pequeño gusto agridulce en la boca, siempre constituye una oportunidad. Y hay que saber aprovecharla, como aquél primer peronismo. Arremangarse y ponerse a trabajar por una Argentina más inclusiva para todos, el desafío del Frente de Todos y el futuro gobierno.

Revista Marfil, 29/10/19

Tío Alberto

Con intención negativa, cuando tuvo lugar la movida desequilibrante en el tablero de ajedrez político de Cristina Fernández de Kirchner la oposición se apresuró a identificarla con aquella de 1973, de Cámpora al gobierno, Perón al poder. Allá hace tiempo, una especie de cláusula caprichosa de la dictadura militar en retirada había impedido al General Perón ser candidato. Así, fue candidato el último delegado, el doctor Héctor J. Cámpora.

Las situaciones no son en absoluto comparables. Ponerlas en paralelo tenía como objetivo desvalorizar la figura del candidato a Presidente Alberto Fernández, haciéndolo ver como un simple delegado de Cristina Fernández de Kirchner, al que manejaría a su antojo. Dos Tíos, ayer y hoy. Al Tío Cámpora se lo considera así como un fiel y simple subordinado estratégico de Perón. Y el Tío Alberto. Sin embargo, los que lo conocen a Fernández, descartan esa visión de plano. Muchos analistas han puesto de manifiesto el hecho de que es el primer presidente rosquero, o sea un armador político que llega al poder.

En 1971, Joan Manuel Serrat escribió la canción Tío Alberto, que formó parte del disco En Tránsito. Y hoy curiosamente estamos transcurriendo una transición demasiado larga, de agosto a octubre. De octubre a diciembre. El célebre cantor catalán describía al Tío Alberto como un hombre que gitano o payo pudo ser. La grieta, pudo haber sido los dos extremos. Pero eligió otra cosa, una especie de vida nómada, heterodoxa y sensible en la España de inicios de los 70. Describe a ese Tío en la canción como una persona que camina sobre el bien y el mal, con la cadencia de su vals. El Tío Alberto de ahora aparece también como un hombre político que quiere cerrar la grieta, el enfrentamiento del que se nutrían el kirchnerismo duro y el macrismo. El bien, el mal y su mestizaje, todo junto bailando en la cadencia del vals de la rosca política.

No es ajena a la figura política del Presidente electo otra característica del Tío Alberto de la canción esa que cuenta que “atraco de puerto en puerto”. El kirchnerismo, el Frente Renovador. Y ahora, la vuelta al Frente de Todos, nombre de la unidad del peronismo.

Como dijo en una nota reciente el chino Navarro, los argentinos nos enfrentamos en las tribunas pero nos entendemos tomando un café. Describió el poeta catalán también de aquel personaje que “da todo lo que pueda dar, su casa está de par en par, quien quiere entrar tiene un plato en la mesa”. El diálogo y postura frentista le permitió a Alberto Fernández sumar y unificar al peronismo, incorporando a Sergio Massa como refuerzo más significativo y vital. Conflicto y reconciliación, aún sabe sonreír el Tío Alberto, como dijera Serrat.

Diálogo y consensos para lograr un nuevo orden y progresismo, esas categorías con que retratará en su libro el periodista Martín Rodríguez los años kirchneristas. El espejo de Andrés Manuel Gómez Obrador en México, la primera visita. Son tiempos difíciles, sin embargo, anunció el Presidente electo. Tiempos de un nuevo contrato social necesario (empresarios, trabajadores y el Estado como mediador), y en un contexto donde la solidaridad es, en general, un bien escaso. El desafío de distribuir equitativamente los ingresos y también los costos de la crisis, protegiendo a los más débiles. Negociación, disputas, poder, conflicto. No será fácil, pero la heterodoxia anunciada por el Presidente electo en el alicaído debate de candidatos sirve como promesa. Porque por el mismo camino y más rápido íbamos de mal en peor. No hay plan B, decía Sanderis. Sí que lo hay, parece reponer Alberto Fernández. Hay plan B, plan C, elasticidad para hacer frente a las demandas. No hay una ruta unívoca y a la vez encorsetada hacia un futuro feliz que nunca llega. Para llegar al futuro, hay que vivir un poquito mejor el presente. Aflojar la presión de la crisis, patear la deuda para adelante, que los acreedores dejen vivir. Con una mano en la calculadora y otra en el corazón. Razón y sensibilidad, en la cadencia del vals que quiere el Tío Alberto. Orden y progresismo, un nuevo

intento de soñar con algo distinto. El poeta catalán le dedica otro verso poco antes de terminar su canción, llamando a brindar por esa vida, ante todo heterodoxa:

“El vaso de mi juventud yo lo levanto a su salud, rey del país, del sueño y la quimera”.

El gobierno del Tío Héctor Cámpora fue una transición que no terminó bien, ojalá el del tío Alberto tenga un mejor final. En medio de las dificultades, el desafío de empezar de nuevo. El 10 de diciembre se pondrá la banda presidencial Alberto Fernández. El otoño se hizo primavera, como en la canción. Y aún sabe sonreír, el Tío Alberto.

Revista Marfil, 10/11/19

Golpe a golpe. Verso a verso

Golpe de Estado en Bolivia. No hay medias tintas para definirlo, ni versos. Aún cuando el gobierno y la cancillería argentina intenten buscar los modos de describir la ruptura del orden institucional sin acudir a esa palabra, las cosas se llaman por su nombre. Las Fuerzas Armadas, la Policía acuartelada y dejando hacer un golpe por acción y omisión, como definiera Atilio Borón en un artículo en Página 12. Escuadrones que se lanzan, verdadera Inquisición atacando a funcionarios, ministros, autoridades del gobierno derrocado. Cuando se dimite por la fuerza, es golpe de Estado. La sugerencia del Ejército boliviano al mandatario Evo Morales a dimitir hace acordar al gobierno argentino de Arturo Frondizi, que en el interregno entre 1958 y 1962 sufría los planteos militares, que lo terminaron deponiendo (¿la última sugerencia?) con un Golpe de Estado. No más Frondizi, no más Evo Morales. Y ahora ¿quién gobierna? En el contexto de confusión, asumió José María Guido en aquel entonces. En el caso boliviano, la senadora Jeanine Añez. Sin quorum, en un simulacro de Asamblea.

El Presidente electo Alberto Fernández condenó el hecho llamando a las cosas por su nombre, insinuándose una postura autónoma y no alineada automáticamente a los dictados de las potencias dominantes. Las palabras balbuceantes y zigzagueantes del gobierno argentino en ejercicio buscan hacer lo imposible por parecer políticamente correcto al mundo. Ante el Golpe, el verso dilatorio que no va nunca al grano y que intenta explicar lo inexplicable. Justificar lo injustificable. La grieta misma debería ser un verso si la democracia está en juego. Lo supo entender Cafiero, desde la oposición, cuando abrazó a Alfonsín en la Semana Santa del 87.

Pero por suerte retumban algunas voces de líderes radicales condenando lo sucedido en el país hermano, un partido centenario y que, en varias ocasiones, sufrió lo que le pasa a Bolivia hoy: un Golpe de Estado. La coyuntura de integrar Juntos por el Cambio no siempre puede tapar el peso de esos valores legados por el radicalismo aún con sus contradicciones: democracia y república.

Están muy equivocados los que creen que decir las cosas por su nombre es ser partidario de Evo Morales. Es defender la democracia y la supremacía del poder de la política y la ciudadanía por sobre la coerción y la violencia. Cafiero no era partidario de Alfonsín pero no dudó un segundo en defenderlo ante los carapintadas. No condenar terminantemente como Estado argentino este hecho implica sentar un precedente funesto y peligroso. Que se acaben los versos y se condene el Golpe.

Si Honduras parecía quedar muy lejos en América Central y muy atrás el Golpe allá en 2009, diez años después, en 2019, toca a un país limítrofe, hermano. Parte integrante del originario virreinato del Río de la Plata, hasta nuestro primer presidente Cornelio Saavedra fue un boliviano, como se ocupa siempre de recordar el historiador Felipe Pigna. Duele Bolivia, y ojalá que la violencia no se continúe irradiando y prime la sensatez, la concordia, el diálogo. Una salida institucional y democrática.

En lo que sí coinciden casi todos fuera de Bolivia es en la necesidad de que se llame a elecciones. Sin proscripciones, porque la soberanía es del pueblo. Y, como tituló Ignacio Calza en una nota de esta misma querida revista, me uno en el deseo de que ¡viva Bolivia!, sin peros. Y sin versos. Los peros los discutirá el pueblo boliviano después, cuando la democracia esté asegurada.

Revista Marfil, 18/11/19

Que no se licúe la democracia

Modernidad líquida. Así definió Zygmunt Bauman a nuestra sociedad contemporánea, en que los vínculos y las instituciones se ven horadadas muchas veces hasta en sus fundamentos. La escuela, la familia. ¿También la democracia? Sí, también la democracia. Las situaciones convulsionadas en los países vecinos así lo señalan. Con la terrible sombra de un nuevo golpe de Estado, esa palabra que muchos se niegan a nombrar.

A menudo, los argentinos nos creemos el centro del mundo, pensamos que en ningún lugar se viven las crisis como acá, con el peso hecho un castillo de arena y devaluándose continuamente, con el precio de la góndola remarcado, con el sueldo que se estira hasta más no poder para llegar a fin de mes. Y con la grieta que nos divide en formas ideológicas contrapuestas, dos o más maneras de concebir el mundo. Y, sin embargo, con grieta y todo, en el país se celebraron elecciones, primarias y definitivas, con respeto de la voluntad popular. En una transición, en comparación con nuestros vecinos, más o menos ordenada y, sobre todo, pacífica. El oasis no estaba en Chile al final, como afirmara Sebastián Piñera. Pero hay oasis porque hemos atravesado un desierto. Será que hemos aprendido las lecciones del Golpe de Estado trágico y genocida de 1976. Que en algo parece que, a pesar de las discusiones y contradicciones, nos hemos puesto de acuerdo. Con la democracia no se jode.

Hasta el Gobierno que se va, reacio en comparación al kirchnerismo en cuanto a políticas de memoria y derechos humanos, rindió su homenaje al cuadragésimo aniversario de la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Hasta Mauricio Macri necesitó tener a su Graciela Fernández Meijide. Un aprendizaje que entró después de padecer a uno de los peores Estados terroristas, desapariciones, torturas. Incluso una guerra. Una cultura, un sentido común respetuoso y defensor de los derechos humanos aun en las diferencias.

Que se doble, pero que no se rompa nunca la democracia en Argentina, invirtiendo el sentido de la frase de Leandro Alem, el revolucionario caudillo radical. Si la modernidad se volvió líquida, que no se nos licúe la democracia. Ni en Argentina ni en los países vecinos convulsionados y ahora en ebullición. Porque la democracia es, como dijera (esa vez con razón) Winston Churchill, el peor de los sistemas de gobierno, con excepción de todos los restantes.

El Economista, 13/11/19

Inventamos o erramos: el desafío de volver a empezar

Es notable cómo cambió el clima entre las PASO y las elecciones definitivas del 27 de octubre en el búnker del Frente de Todos triunfante. En las primeras, se vio al futuro Presidente electo ingresando al escenario del brazo de Taty Almeida y Lita Boitano, militantes de organismos de derechos humanos. Clima festivo, nervios descontracturados luego del trájín de una campaña agotadora. La bravuconada al rival, vamos a tener que arreglar el desastre que nos dejan. Se deja subir desbordante el entusiasmo como en la semana previa a un partido o una pelea. A dos meses de las elecciones de “endeveras”, hay menos cuidado en lo dicho porque sigue funcionando el modo campaña.

El 27 de octubre también se festeja pero ya en el discurso impera otra responsabilidad. Ejercen la voz los que ganaron cargos, los que van a gobernar. Se visualiza ese instante en que se desintegran como el polvo los candidatos y toman forma los funcionarios públicos. La Vicepresidenta electa, el Gobernador, el Presidente. Se cuidan más los términos que expresan y los semblantes ya traducen un poco más el cansancio o el peso de la responsabilidad. Se piensa en el discurso y también en la agenda ajetreada del día de mañana, las reuniones pactadas, los primeros pasos a dar. Sabiendo que esa multitud reunida no tardará en disgregarse, y al día siguiente, volverán a trabajar. Del trabajo a casa. Y de casa al trabajo, diría el General. Del paseo a Dylan relativamente descontracturado de esa mañana al desayuno en la Casa Rosada con el Presidente saliente. Se acaba la prescindibilidad del “yo soy solo un candidato a Presidente”. Fiesta responsable, medida, elogio de la democracia y del acto electoral. Alberto Fernández se abraza al recuerdo de Raúl Alfonsín como una especie de mantra para cerrar la grieta entre los argentinos.

En la coyuntura, el primer viaje del Presidente electo no es a Venezuela ni a Cuba (fantasmas que agitará el oficialismo derrotado), sino hacia el México de Andrés M. López Obrador. Progresismo ordenado que no come vidrio. Capitalismo de leve sesgo humanista, abierto a la sensibilidad social. Con el progresismo se come, se educa y se cura pero sin pasarse de rosca con el gasto. Cuentas equilibradas y paz social, esa es la cuestión. Que cierren los números con todos los argentinos adentro, el desafío que Fernández enunciara luego del triunfo en las PASO. Los números y las personas, o el desafío de cómo compatibilizar lo que se quiere y lo que se puede. Lo macro y lo micro. Variables macroeconómicas estables y que se vuelva a llenar un poco la heladera de los trabajadores.

Equilibrio y un poco más. Ortodoxia para cuidar las cuentas y heterodoxia para atender las demandas sociales. Se pasó de rosca el neoliberalismo ortodoxo y secó la plaza de dinero. Donde hay un mango, viejo Gómez, se volvió a repetir, como en el tango de Tita Merello. Como lo afirmara en el primer debate presidencial, Alberto Fernández se propone combinar la ortodoxia con la heterodoxia. Un jugador polifuncional que le puede pegar de derecha o de zurda de acuerdo a la necesidad. No seguiría por el mismo camino, más rápido. Exploraría otros caminos, variantes, y recorriéndolos más despacio, extendiendo el plazo de la deuda (de los intereses, pocos hablan). Pero que la deuda afloje un poco la cuerda y la sensación de agobio. Que los muertos no pagan, como supo decir Néstor Kirchner. Que la deuda deje vivir y no hipoteque el futuro.

Una complicada alquimia, pero la situación económica y social autoriza a innovar de alguna forma. Porque por el mismo camino no hacía más que agudizarse la crisis social. Tiempo de valientes. Como diría Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar: inventamos o erramos. No introducir variantes sería seguir estrellándose contra la pared y Argentina eligió cambiar el 27 de octubre. Una forma de volver a empezar.

Que la economía no arranque, está tildada, o “lagueada” como dirían mis hijos. Cuando la computadora se tilda o laguea, en lugar de seguir insistiendo y antes de llamar al técnico probamos una solución criolla: apagarla y volverla a encender. Desenchufarla y volverla a

conectar. Y, a veces, curiosamente, los archivos se reacomodan y arranca el sistema operativo como si estuviera nuevo. Si el problema persiste, habrá que llamar al técnico, que deberá reprogramar el sistema, eliminar lo que no sirve, agregar lo que hace falta. Ajustar, una palabra cargada con total justicia de malas significaciones y pesadillas. Pero de otra forma, con otra sensibilidad, haciendo los acomodamientos que hagan falta, exigiéndoles más a los que más pueden y protegiendo a los más débiles.

Como dijera en el número anterior de El Estadista Tomás Mugica, hablando de Chile (y, en realidad de todos los países latinoamericanos, incluso la Argentina), es fundamental “alcanzar y sostener el crecimiento económico; reducir las inequidades; lograr un balance entre la responsabilidad personal y la solidaridad colectiva”.

No será sencillo. Son tiempos difíciles, anunció el Presidente electo. En los momentos difíciles, más se precisa de la generosidad. Para poder avanzar, por distintos caminos, sorteando problemas. Y explorando, por qué no, nuevas oportunidades.

El Economista, 10/11/19

Sólo cabe ir mejorando

“Bienaventurados los que están en el fondo del pozo, porque de ahí en adelante sólo cabe ir mejorando”

-Joan Manuel Serrat

La película que terminó con las elecciones generales del 27 de octubre no fue de suspenso. La contundencia de las PASO volvió anunciada una victoria que sólo quedaba resolver por cuánto. Y es verdad que el cuánto sorprendió. Más apretada que lo esperado, suficiente para lograr el triunfo pero no la hegemonía.

La campaña oficialista centrada en los enunciados valores democráticos y republicanos e intentando buscar el error del rival procurando emular “el cajón de Herminio” en el espejo de Venezuela y el autoritarismo, naufragó en la realidad concreta de una economía recesiva. Los votos del centro del país y las zonas rurales estimulados tal vez por “ la reforma agraria de Grabois”, no resultaron suficientes. A la larga, se cumplió el axioma de que lo que se pierde en el conurbano bonaerense no se recupera fácilmente en el interior del país. Verdad de Perogrullo que existe casi desde el nacimiento mismo del peronismo, una movilización gigantesca del conurbano aquel 17 de octubre ocupando la Capital.

Una táctica más bien conservadora del gobierno en un mensaje con poco contenido social y que se complementó con el “ Cuidemos nuestros votos” llamando a la fiscalización de los congéneres. Te golearon en el primer partido electoral y te paraste con dos líneas de cuatro en la revancha, cuidando perder por poco o remontar aprovechando errores del rival, para lograr cargos legislativos y liderar la oposición a lo que viene. Como el Boca de Gustavo Alfaro en el choque con River, la sensación es que el oficialismo lo perdió en el primer partido, las PASO. En el segundo, la remontada fue visible pero no alcanzó en una elección polarizada y tomada por los electores casi como un balotaje.

Un argumento habitual de elencos políticos variopintos es atribuir las derrotas electorales a una deficiencia en la comunicación. Perdimos, porque no fuimos claros en comunicar nuestros logros. El crecimiento invisible, los brotes verdes, el discurso por demás discutible de que unos sectores fueron perjudicados pero otras ramas económicas resplandecieron, las obras de infraestructura que no se aprecian, los entubamientos subterráneos del “no se inunda más”. Pero, a la larga parece, la realidad material se comunica y se padece en el día a día. Subieron la pobreza, la indigencia, la desocupación, y disminuyeron los votos. Subió el dólar, se disparó la inflación, bajó el consumo, disminuyeron los votos.

Una transición demasiado larga la del país entre agosto, cuando resultó casi anunciada la derrota del Gobierno, y diciembre, donde entregará el poder. Que haya reglas claras, el axioma que suelen repetir los que ruegan que lleguen las inversiones. Con dos virtuales presidentes, difícil. La lluvia que nunca llegó en estos cuatro años de Cambiemos. Sequía de inversiones, ajuste, recesión y la consecuente derrota política.

El nuevo gobierno que asumirá el 10 de diciembre ingresará políticamente con handicap y económicamente apretadísimo. En el primer sentido, siempre conviene tomar cualquier trabajo (¿incluso el de Presidente?) si tu antecesor tuvo un mal desempeño o se le llenó la cocina de humo en la crisis, como diría el infame Luis Brandoni. Si a tu predecesor no le fue nada bien, con un par de cositas que logres o acomodes, podrás tal vez ser visto rápidamente como un estadista o una especie de salvador.

En la hora de la victoria, hacer un llamado a una concertación aún más plural e inclusiva de distintos sectores políticos puede dar oxígeno y hándicap político al nuevo gobierno de

Alberto Fernández, e incluso fortalecerlo en una eventual puja interna con sectores que se insinúen más combativos. El revival de la Concertación Plural de los primeros tiempos de Néstor Kirchner en el lejano 2003, el espejo donde el Presidente electo elige mirarse. También se volverá necesario negociar con la oposición, que tendrá una importancia significativa.

Pero económicamente se insinúa una situación apretadísima. Con una deuda largamente incrementada y reperfilada, default con otro nombre. Una renegociación con el Fondo Monetario Internacional se insinúa, buscando en principio la ampliación de plazos sin quita de montos. Una situación social hurticante por la recesión económica que disminuyó la actividad y aumentó la desocupación. La inflación, el dólar. Una especie de alquimia tendrá que lograrse para asegurar gobernabilidad y comenzar a mejorar los indicadores sociales. La receta deberá ser casi que necesariamente heterodoxa, desde que fracasaron los maestros de los libritos siempre en Argentina. La economía y la política, esas dos dimensiones que es preciso integrar para volver creíble un plan de gobierno. Ni la tablita de Excel dura de las variables macroeconómicas ni promesas deschavetadas irrealizables, el delicado equilibrio no exento de tensiones que se deberá transitar.

El deseo común es que hayamos tocado el fondo del pozo de la economía recesiva para comenzar a emerger de alguna forma. Que se empiece a insinuar una especie de reactivación, brote verde real que comience a accionar las poleas del crecimiento. Que hayamos tocado el fondo del pozo entonces. Porque de ahí en adelante, como recuerda en sus irónicas bienaventuranzas el gran maestro catalán, sólo cabe ir mejorando.

El Estadista, 13/11/19

Agradecimientos y dedicatorias

Agradezco infinitamente a las revistas digitales e impresas que se ocuparon de publicar y difundir mis artículos. Estas son: Revista El Sur; Zoom; Marfil; Movimiento; La Tecla Eñe; Portal web El Ortiba; revista Topía; El Estadista y El Economista. Seguramente, seguiremos escribiendo con perspectiva crítica los avatares del gobierno que se iniciará el 10 de diciembre de 2019.

Agradezco a Ediciones Digitales Margen por publicar este libro y el anterior que escribí, sobre la vida militante de José Luis Nell.

Este libro está dedicado a mi amor, Mariana. Y a nuestros hermosos hijos, Santiago y Guadalupe.

Está dedicado también a mis queridos viejos: Rafael y, en especial, a María Mercedes. Durante muchos años charlamos de política en la mesa familiar del departamento de la calle Quito. A mis hermanas, Verónica y Cecilia. Y a mis sobrinos.